

SAGA DE DRAGON

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION

Saga de dragón

Curtis Garland

La Conquista del Espacio/151

Depósito legal: B. 21.209 -1973
ISBN 84-DUJ2525-D
Impreso en España - Printed in Spain
1ª edición: julio, 1973

La definición fría y académica de la palabra «Saga», es ésta: «Cada una de las leyendas poéticas contenidas en su mayor parte en las dos colecciones de primitivas tradiciones heroicas y mitológicas de la antigua Escandinavia.»

Por extensión, «saga» es también un conjunto de historias, episodios o relatos sobre un determinado personaje, conjunto de personajes, circunstancia histórica o imaginaria. Cada una de esas piezas forma parte de la llamada Saga.

Un famoso best-seller literario que hace años dio motivo a una película importante, fue luego, en televisión, La Saga de los Forsythe. Ahí aludía a toda la serie de incidentes, hechos y aconteceres de una familia a lo largo de la vida de sus miembros. Eso es una saga.

Aquí, Saga de dragón responde exactamente a su enunciado. ¿Por qué? El lector lo sabrá al irse adentrando en el mundo mágico, fabuloso y extraño de Dragón. Cuando crea, por un momento que la vieja Escandinavia que dio su origen a las «sagas», ha revivido de forma increíble en... en un lugar del universo, en otras galaxias. En mundos muy diferentes al nuestro. Pero donde también la mitología nórdica puede tener su sitio.

Donde un guerrero vikingo surgido de algún lugar más allá de lo conocido, se enfrenta a la historia formada por esas poéticas leyendas escandinavas, que son, en resumen, la Saga de dragón...

PRIMER POEMA

EL ESCUDO

CAPÍTULO PRIMERO

—Eres sajón, ¿verdad, Kornak?

—Sí, mi señor. Sajón he sido siempre. Hasta que fui capturado por los caballeros de este reino, y reducido a mi actual condición de esclavo...

—¿Acaso no eras esclavo con los sajones, Kornak?

—No, no lo era, mi señor.

—No me dirás que eras un caballero. Entre los sajones no existen caballeros; sólo guerreros y no siempre fieles a las reglas de la caballerosidad.

—Es posible que mi gente no sean caballeros. Creo que ni siquiera lo pretendieron nunca, mi señor.

—Entonces, ¿qué eras tú entre ellos?

—Vos lo dijisteis, mi señor; un guerrero. Solamente eso. Pero me pregunto...

—¿Qué? —sir Irwin le miró curiosamente—. ¿Qué es lo que te preguntas, Kornak?

—No, nada, mi señor.

—Eso no es una respuesta. Dijiste que te preguntabas algo; ¿el qué, muchacho?

—Sería inoportuno hablar de ello. Y falto de respeto quizá.

—Aun así, me gustaría que lo dijeses —miró en torno, a la campiña bajo el sol del mediodía, desierta en cuanto abarcaba la vista, desde las marismas hasta las doradas mieses de los campos, los lejanos caseríos dispersos, y el sendero que les alejaba de Camelot, capital del fabuloso reino del gran Arturo—. Habla, Kornak.

—Bien, mi señor. No sé si os sentiréis ofendido, pero me pregunto en qué se diferenciará un guerrero de un caballero... a la hora de combatir o de recoger su botín.

—Kornak... —le miró con severo reproche el caballero de la Tabla Redonda—. Has de saber que un guerrero sólo piensa en matar o morir. Un caballero lucha conforme a unas reglas caballerescas, a una ética y un principio dignos, que le impiden ensañarse en el adversario o agredirle a traición.

—Mis amigos sajones no eran peores en ese sentido —suspiró Kornak—. Son más vulgares, menos refinados quizá. Luchan honestamente, y no atacan por la espalda. Sólo que no pretenden ser caballeros. No engañan a nadie.

—Kornak, estás empezando a hablar ofensivamente para nosotros...

—Lo siento, mi señor. Por eso era mejor no decir nada —el esclavo inclinó su rubia cabeza de musculoso, joven y atlético guerrero.

—Se puede hablar sin molestar o insultar a los demás, Kornak. Eso forma parte también de la educación de un caballero.
—Mi señor, he leído libros en el castillo de Camelot —replicó el sajón, irguiéndose altivo. Su mirada azul, límpida y acerada, se cruzó con la oscura y arrogante de su amo y señor—. Me he instruido en los largos meses invernales, e incluso he aprendido a escribir con caracteres góticos los cánticos y odas de sir Lancelot y del propio rey Arturo ... He leído los romances de los Caballeros de la Tabla Redonda, y he estudiado los ritos del Santo Grial. Pero todo ello no ha arrancado de mi mente una idea: Mis camaradas sajones carecen de estudios y de educación. Muchos son salvajes y brutales. Pero tienen un código rudimentario de honor, que en algunos llega a nobles cimas de caballerosidad, sin necesidad de ser nombrados caballeros, tener escudo de armas, ni lucir emblemas o prendas de una dama enamorada. Sólo aprendieron a hacer la guerra, a matar o morir, y cumplen con su destino. Pero eso no les hace inferiores a vuestros caballeros de Camelot, mi señor.
—Lengua vivaz, rápida y malévola la tuya, Kornak —acusó fríamente sir Irwin, mirándole pensativo, bajo su yelmo negro, con el emblema blanco del águila que era su escudo de armas en campo de oro—. Estás injuriando a los caballeros. Incluso a mí.
—Por el contrario, mi señor. Estoy defendiendo a mis hermanos sajones.
—Creí que soñarías con ser caballero algún día —sonrió irónico sir Irwin, apoyándose en su larga lanza, mientras las cabalgaduras se aventuraban por el polvoriento, largo y sinuoso sendero, entre campos de trigo y bosquecillos frondosos.
—¿Caballero? —Kornak se encogió de hombros. Bajo la túnica roja, sus músculos se dibujaban, vigorosos. El rostro, bronceado a la intemperie, en los patios de armas de Camelot, reveló incertidumbre —. No sé...
—Pronto habrá nuevas luchas contra tu pueblo —dijo sir Irwin, pensativo—. Están a punto de asaltar las costas de Bretaña, según sir Lancelot. ¿Qué harás entonces?
—No soy un traidor, mi señor —suspiró el joven sajón—. Mis hermanos de raza me abandonaron, traicionándome, mintiéndome vilmente incluso. Yo no significaba nada para ellos y no vacilaron en sacrificarme, como se sacrifica siempre lo que se juzga secundario.
—Hablas demasiado bien para ser un esclavo, Kornak.
—Ya os dije, mi señor, que leí y escribí durante el invierno, en el castillo. Siempre se aprende algo...
—¿Se aprende, incluso, a odiar a los propios hermanos? —insinuó, sarcástico, sir Irwin.
—¿Por qué no? —sonrió a su vez el joven de dorados cabellos y ojos

celestes—. Siempre ha habido un Caín. Y un Abel. Yo no soy uno ni otro. Pero mi gente me traicionó. No puedo guardarles lealtad, aunque sí afecto. Les perdono, pero no olvido. Si llega esa lucha, me dolerá combatir contra mis hermanos sajones. Pero lo haré, si vos me lo ordenáis. Porque vos, sir Irwin, salvasteis mi cuello de la horca en Camelot, cuando era sólo un cautivo más.
—Había algo extraño y diferente en ti, Kornak. No fui yo quien se fijó, sino lady Lizbeth. No soy celoso, pero mi esposa os miró y eligió como esclavo. Yo acepté. Sin celos, repito. Sólo que... me preocupáis mucho, Kornak.
—¿Yo? ¿Un esclavo sajón preocupa... a un caballero de la Tabla Redonda como vos?
—Me preocupa tu atractivo varonil. Gustas a todas las damas, incluida mi hermosa y fiel esposa. Su fidelidad no me inquieta. Pero que gustes a todas, sí. Incluso Ginebra, la esposa del rey Arturo, te mira con rara ternura...
—Yo no me preocupo de las mujeres, mi señor —sonrió Kornak—. Son hermosas, pero lejanas para un esclavo. Sólo tengo acceso a criadas, sirvientas y cocineras, a mujeres del pueblo y a plebeyas. No son de mi gusto. No me atrae su zafio atractivo carnal. No, mi señor. Prefiero pensar en la guerra, en las armas, en un caballo, una lanza o una espada... y un escudo de armas.
—¿Un escudo de armas? —pestañeó sir Irwin, sorprendido—. Lejos llevas tus ambiciones, muchacho. ¿A quién piensas quitarle tal atributo? ¿A sir Lancelot, a mÍ... o al propio rey Arturo?
Era chanza evidente, pero el esclavo sajón Kornak no lo tomó así. Se encogió de hombros, arrugando el ceño y declaró, con una concisión rotunda, que dejó atónito a su amo y señor:
—No lo sé aún, sir Irwin. Pero sé que esa ocasión llegará un día. Y obtendré el escudo de armas de un caballero, ganándolo en leal combate, cara a cara. A vida o muerte.
—Realmente, has logrado impresionarme, Kornak —declaró con asombro—. Aspiras a mucho. A demasiado quizá.
—Quizá, mi señor —Kornak se encogió de hombros, inclinando la cabeza. El sol del llano encendió de vivo oro hilado su cabellera—. No puedo evitarlo. Mis sueños y anhelos van lejos. Muy lejos...
—Incluso a alguna hermosa dama inalcanzable para un mozo de tu condición, ¿verdad? —hubo ahora cierto desprecio en el tono áspero de sir Irwin.
—Incluso eso, mi señor —confesó Kornak, siguiendo dócilmente la marcha de su amo, por el llano sendero a través de la Bretaña que rodeaba la ingente mole pétrea de Camelot, capital del reino.
Sir Irwin miró de soslayo, entre perplejo y desconfiado, a su único y joven compañero de viaje, jinete a lomos de un mulo sin ropajes ni

armas, salvo la ballesta y el carcaj con las flechas, única arma permitida a alguien que no fuese armado caballero por decisión personal del rey o por hechos de armas que le concedieran tal honor.
Los oscuros ojos del caballero de Camelot, alto y enjuto, cubierto totalmente por su cota de malla plateada, con el emblema del grifo sobre campo de armiño, en su pecho, su yelmo, sus guantes de malla y hierro batido, y su amplia capa azul, de flotantes pliegues, se fijaron en la distancia, donde las cumbres bretonas formaban un dentado horizonte abrupto, camino de las selvas, acantilados y barrancos del norte de la región, cerca ya del mar.
—Corta las alas de tus sueños y aspiraciones —avisó fríamente el caballero de la Tabla Redonda—. Eres sólo mi esclavo. Serás mi escudero, si ganas ese honor en el campo de batalla, en defensa de la caballería andante y de sus altos designios de defensa del humillado y el débil. Ahora, vamos a los Bosques Negros, en defensa de sir Héctor y su esposa, a quienes amenaza el poderío nefasto del Caballero Púrpura.
—El Caballero Púrpura... Mucho he oído hablar de él, mi señor. Pero nunca supe si, realmente, existe en persona. Si es realidad o ficción...
—Yo también lo dudé siempre, hasta recibir el mensaje de sir Héctor —convino gravemente sir Irwin—. No dejaba lugar a dudas. El Caballero Púrpura existe, y hay que destruirle, de una vez por todas. O él nos destruirá a nosotros.
—¿Tan fuerte es?
—Sí, tan fuerte es, Kornak.
—¿Capaz de poner en peligro a todo Camelot?
—Capaz de ello, sí.
—Creí que solamente los huno o los sajones eran peligrosos para Su Majestad, el rey Arturo —sonrió el joven Kornak.
—También el Caballero Púrpura lo es. Más que nadie.
—¿Tiene acaso un ejército?
—Lo tiene. El peor ejército del mundo.
—¿Qué quiere decir eso, mi señor?
—Un ejército de monstruos, de fantasmas, de trasgos y de alimañas…, El Caballero Púrpura es un poderoso mago. Maneja los poderes infernales como nadie lo hizo jamás. Eso lo hace muy poderoso...
—También Camelot tiene al gran mago Merlín...
—Merlín no puede competir con el Caballero Púrpura —suspiró sir Irwin—. Los poderes nefastos de este último son infinitamente superiores. Domina una magia perversa, maligna y sin límites. De las sombras puede hacer surgir bestias feroces, espantos inenarrables, caballeros de ultratumba, esqueletos vivientes, contra los que nada pueden las armas. Esa es la clase de enemigo que vamos a afrontar,

Kornak.
—Vaya... ¿Y esperáis conseguir algo frente a él, mi amo? —dudó Kornak.
—Espero que, cuando menos, responda a su título de Caballero, que le concediera personalmente el rey Arturo, antes de que estudiase la negra magia de los perversos y se hiciera enemigo de todos los demás caballeros. Y así, en campo abierto, responda a un reto a muerte... conmigo.
—¿Y... si no responde? ¿Y si en vez de caballero, prefiere seguir siendo mago?
—Entonces, será mi muerte cierta, Kornak. Y tú, como esclavo mío, deberás volver grupas, regresar a Camelot, si las artes diabólicas del Caballero Púrpura te dejan con vida... y referir a todos los miembros de la Tabla Redonda la forma en que murió tu amo y señor. Eso es todo lo que debes hacer, ¿entendido? Te prohíbo luchar. No es digno de un esclavo enfrentarse a un caballero o a un mago. Tu misión será solamente ser testigo del torneo... e informar al rey y sus caballeros. ¿Entendido?
—Entendido, mi señor —los azules ojos de Kornak se clavaron en su amo, indecisos—. ¿Dónde esperáis hallar al Caballero Púrpura?
—No lo sé aún. Eso, sir Héctor me lo dirá cuando lleguemos a los Bosques Negros. En North Forest, ese noble caballero, amigo y camarada entrañable, nos informará al respecto, Kornak...

* * *

Sir Héctor no podía informar de nada. Tampoco lady Irish, su esposa, rubia y delicada.
Ambos estaban muertos.
Muertos entre las ruinas grises, cenicientas, de lo que un día fuera el poblado de North Forest en los Bosques Negros de Bretaña. La sangre salpicaba las blancas ropas de caballero de sir Héctor, y el vestido rosa suave de su esposa, lady Irish...
Lívido, sir Irwin se dejó caer de rodillas en las humeantes ruinas, junto a los cuerpos de sus amigos. Vasallos y sirvientes, escuderos y villanos, yacían pasados a cuchillo o ensartados por las lanzas, entre peñascos ennegrecidos, chozas derruidas y árboles calcinados. Era como si una gigantesca llamarada hubiera pasado por allí, arrasándolo todo a su paso. Como si un invisible volcán hubiera entrado en erupción, ocultándose de nuevo su cráter bajo las arboledas sombrías, tras el destrozo feroz.
—Muertos... —susurró sir Irwin—. ¡Todos muertos!
—Así parece, mi señor —convino Kornak, sereno, caminando entre ruinas, humaredas y cadáveres—. Ni uno solo conservó la vida.
—Cielos, ¿qué maldito horror pasó por aquí para dejar así cuanto

antes era vida y aliento, trabajo y sosiego? —se lamentó sir Irwin, levantando en vano sus ojos angustiados hacia el cielo despejado.
El sol se hundía despacio en el horizonte. La noche sería oscura y fría en aquellos parajes. Y alrededor de ellos, ni un albergue, ni unos muros o un techo en pie, ni siquiera arbustos intactos para quemar como leña. Nada de nada, en algunas millas a la redonda. Sólo desolación, ruinas, ceniza, muertos, sangre. Y silencio. Mucho silencio...
Un buitre emitió un graznido allá lejos. El pie de Kornak pisó un hierro retorcido, arrugado. Lo tomó en sus manos, tras soplar en las cenizas calientes. Leyó sus letras góticas:
—Fonda del León Rampante —rió entre dientes, tirando la plancha de hierro y sacudiendo sus manos recias, sucias de polvo grisáceo—. Una fonda... Tendría gracia, señor, si la noche no resultara tan inhóspita, sin albergue, sin fuego ni comida... Y sin vino, incluso.
Sir Irwin pareció volver a la realidad. Caminó, como sonámbulo, entre las ruinas, hasta detenerse ante su joven esclavo normando. Sacudió la cabeza, despojándose del yelmo, y mesando con mano crispada sus largos cabellos castaños, rizosos.
—Es horrible —jadeó—. Atravesaron a sir Héctor de parte a parte. Acuchillaron a su bella esposa, lady Irish... Lo demás, no lo entiendo. Es como un fuego del infierno. Algo arrasó todo esto. Una bocanada de ardiente poder destructivo. No es un incendio ni una explosión. Es... Es algo peor, que no puedo entender bien, mi fiel Kornak, pero que incluso me asusta...
—¿Asustado sir Irwin? —sonrió fríamente Kornak—.
Eso no les gustaría oírlo a los caballeros de Camelot, mi señor...
—¡Ya lo sé, maldita sea todo esto! —masculló el heroico sir Irwin. Se sentó encima de unas ruinas humeantes, apoyando ambas manos en la empuñadura adornada de pedrería preciosa de su ancha espada de doble filo.
Dejó antes el yelmo a su lado, y el aire fresco del anochecer jugueteó con sus cabellos revueltos—. De todos modos, hay que hacer algo. Y ya es tarde para ello. En la noche no creo que nos amenace peligro alguno quedándonos aquí. De todas formas, nos turnaremos en nuestra vigilancia, Kornak. Un turno de guardia cada uno. Podrás usar algo más que tu ballesta. Te dejaré mi lanza por si acaso.
—Vuestra lanza... —brillaron los azules ojos de Kornak—. La lanza del caballero sir Irwin...
—Tonterías —musitó con disgusto el caballero del rey Arturo—. Olvida ahora esas cosas de caballeros armados, jerarquías, nobleza y todo eso. No conduce a nada, muchacho. Somos solamente dos hombres; un normando y un sajón, enfrentados a un mismo peligro común, que ha terminado ya con otros muchos y leales amigos... ¿Te das cuenta

de eso, Kornak? Somos dos hombres ante un enemigo siniestro y terrible. Eso es todo. Lo demás, son ganas de complicar las cosas. Cuando volvamos a Camelot, si volvemos, todo volverá a ser igual, porque así está establecido. Pero mientras tanto, Kornak... tú dependerás de mí. Y yo de ti, muchacho.
—Sí, mi señor —sonrió el sajón, con energía—. Creo que ese lenguaje sí lo entiendo. Y os prometo algo, sir Irwin; defenderé vuestra vida con la mía propia en todo momento. Lo juro.
—No hace falta, Kornak —puso su mano en el hombro del joven esclavo—. No jures. Tengo fe en ti. Por eso te traje esta vez. Por eso pienso hacerte mi escudero, si sobrevivo lo suficiente para ello. Es más, creo que alguna vez serás ese caballero que sueñas ser. Estoy seguro... y me pregunto qué clase de símbolo será el de tu escudo de armas, cuando ese día llegue, muchacho...
—¡Un dragón!
—¿Qué? —pegó un respingo sir Irwin, al verse interrumpido por la brusca exclamación de su esclavo—. ¿Qué dijiste? ¿Un dragón? ¿Qué clase de escudo de armas es ése... que sólo sé que posea un caballero en el mundo? Y es precisamente... el Caballero Púrpura...
—No decía que mi escudo de armas fuese un dragón, señor —sonrió gravemente Kornak. Se inclinó, señalando al suelo ceniciento, grisáceo, en el atardecer rojizo—. Mirad aquí. Acabo de descubrir unas extrañas huellas... Huellas de grandes pezuñas, de garras gigantescas... Juraría que pertenecen a... a un dragón.

CAPÍTULO II

—¡Un dragón! Imposible... Oí hablar de ese animal durante años enteros. Nunca vi ni uno. Creo que las gentes fantasean con historias que no son sino pura leyenda...
—Esas huellas no son leyenda —rechazó Kornak, ceñudo. Sacudió la cabeza, iluminado su rostro por el fuego indeciso de la pobre fogata que habían podido hacer en un rincón, entre dos muros incompletos, milagrosamente en pie, y una cornisa de cañas y adobe—. Son tan grandes, que podrían pertenecer a un elefante de doble tamaño que el mayor conocido, señor. Y con garras muy afiladas, que se hunden en el suelo...
—Un dragón... Cielos, ése es el símbolo heráldico del Caballero Púrpura. Pero no puedo creer que un dragón hiciera todo esto...
—¿Por qué no? Dicen que despiden fuego por boca y nariz. Ese fuego pudo destruir North Forest, señor: Abrasar viviendas, quemar gentes y bienes... y dejar esta desolación terrible que hemos encontrado al llegar.
—Sigo resistiéndome a admitirlo así —suspiró sir Irwin, tras beber un

trago del vino que, milagrosamente, hallara su esclavo en un viejo odre entre las ruinas. Tras quitarle la capa de polvo ceniciento que lo cubría, colándolo con un trozo de tela, el vino resultó muy aceptable. Lo mismo que algunos cuerpos de pollos y terneros quemados por el fuego misterioso. Trozos de su carne quemada habían servido para un frugal e imperfecto yantar, que, sin embargo, les hizo recuperar algunas de sus agotadas energías.
El caballero paseó a la luz de la fogata, hecha de ramajes, maderos y vigas medio quemados y cuanto de combustible halló Kornak en los alrededores, y su alta figura dibujó una larga sombra esbelta en los dos muros a medio derruir, que les protegía de los fríos vientos húmedos de la noche.
—Vos dijisteis que el Caballero Púrpura maneja poderes más allá de los terrenales —comentó Kornak, pensativo—. ¿Por qué no suponer que materializó a un dragón auténtico y lo envió contra este poblado, para aniquilar a sir Héctor y sus leales? Imagino que para un mago no será difícil dar forma a monstruos de carácter fabuloso...
—No sé. No domino la magia ni sus poderes ocultos.
Pero si ese nefasto caballero aniquiló a todo un pueblo, con sir Héctor al frente.... ¿qué no hará con dos hombres solitarios, entregados a su merced?
—No poseo una respuesta para eso, mi señor. Pero los hechos me hacen suponer que no tenemos grandes posibilidades ante él, ¿no es cierto?
—Cierto y bien cierto, mi amigo —susurró sir Irwin.
Le miró fijamente. Abrupto, tomó su espada y se persignó, apoyando luego la mano en la cruz de metal que colgaba de una cadena de hierro, de su cuello ancho y fuerte—. Espero que Dios esté con nosotros en este trance, Kornak. Ya es hora de reposar, por si el nuevo día nos trae la lucha a muerte con el Caballero Púrpura y sus criaturas infernales, sean dragones o no. Haré la primera guardia. Duerme, y antes de que aquellas estrellas rocen las copas de aquellos árboles te despertaré para el segundo turno de vigilancia.
—Sí, mi señor —y Kornak, el sajón, envolviéndose en sus raídas ropas de esclavo, se dispuso a dormir junto a la fogata.
Sir Irwin, espada en mano, paseó a la luz de las maderas crepitantes. Alrededor de ellos, la campiña bretona dormía en las sombras de la noche. Ocultando quizá en ellas el tenebroso poder de un adversario terrible y diabólico, amo y señor de fuerzas sobrenaturales, jamás conocidas antes por el caballero del rey Arturo.

* * *

El sol asomó entre brumas.
Era una mañana neblinosa y triste. Había nubes en el cielo, nieblas en

las marismas y en los acantilados, vapores brumosos en la floresta que rodeaba a North Forest...
—Despierta —dijo sir Irwin, en su última guardia de la noche. Bostezó, desperezándose, al sentir entumecidos sus músculos por la humedad gélida de la madrugada—. Terminó la oscuridad, Kornak.
—Sí, mi señor —se incorporó el joven esclavo, rápido y decidido. Apenas si estiró sus miembros, para dar elasticidad a sus músculos vigorosos. Los azules ojos centellearon a la lívida claridad matinal. Miró a la fogata, ya extinguida, entre maderos ennegrecidos. Luego, su mirada se clavó en su amo—. ¿Qué hacemos, sir Irwin?
—Quedó algo de ese buen vino en el odre —señaló el caballero—. Hay que colarlo y beber, con un poco de la carne que sobró de anoche. Mezcla harina de ese saco roto con agua. Yo buscaré arbustos. Hay que tomar unas tortas calientes para acompañar el alimento. Así afrontaremos el nuevo día con suficientes fuerzas.
—Sí, sir Irwin. Es una buena idea...
Se aplicó con entusiasmo a su labor. El caballero trajo ramajes y maderos. Prendió una fogata débil. Sobre ella, en la plancha de hierro de la muestra de la desaparecida fonda del León Rampante, se cocieron a medias las tortas, sin llegar a dorarse. Aun así, estaban calientes y sabrosas, al mezclarlas con el vino y los trozos de carne chamuscada.
La luz del sol seguía siendo tibia y pobre, entre nubes y brumas, cuando ambos, caballeros en caballo y mulo, reemprendieron la marcha, siempre hacia el norte, cruzando un denso bosque de castaños.
—¿Y este camino, señor...? —indagó Kornak, pensativo.
—Va directamente a la boca del lobo —dijo fríamente sir Irwin—. Al castillo de los Bosques Negros. A la propiedad feudal del Caballero Púrpura, adonde le llevó el destierro que, por su deslealtad, le impuso el rey Arturo hace años...
—Ya entiendo, mi señor. El peligro, cuanto antes se afronte, tanto mejor.
—Eso es —afirmó él secamente—. ¿Asustado, Kornak?
—Un sajón nunca se asusta, señor. Ni aunque sea esclavo y no caballero.
—¿Ni siquiera de... un dragón que echa fuego aniquilador por sus fauces?
—Ni siquiera de eso —suspiró el joven sajón. Su mirada azul se perdió, difusa, en la bruma, como soñando con un imposible—. El dragón... Sería un hermoso escudo de armas. La heráldica futura del caballero Kornak. El sajón...
—Demasiado ambicioso —acusó hosco sir Irwin, mirándole con reproche—. Apoya los pies en el suelo. Y con fuerza. Va a hacerte

falta, esclavo.
—Para luchar con dragones, mi señor, es mejor volar por las nubes —sonrió, agresivo, su acompañante.
—¡Deslenguado! —se irritó sir Irwin, volviéndose furioso—. Por tu descaro, serás castigado severamente, si volvemos alguna vez a Camelot. Yo me encargaré de eso, Kornak, engreído y presuntuoso soñador de imposibles y...
—Si volvemos, señor —afirmó fríamente Kornak—.
Dijisteis bien. Mirad ahora ante vos y decidme lo que pensáis...
Rápido, sir Irwin volvió el rostro hacia delante, al sendero boscoso que recorrían. Su faz palideció intensamente. Llevó la mano a su lanza y bajó el yelmo, rápido, cubriendo el rostro. El caballo se encabritó con un agudo relincho.
—¡Cielo santo! —aulló sir Irwio—. ¡El dragón!

* * *

El dragón.
No era una fantasía. Ni una leyenda. Estaba allí.
Ante ellos.
Despidiendo llamaradas por sus fauces y sus tremendas fosas nasales, en la extremidad verde-lívida, escamosa, de su horrible morro...
Tras él, riendo a carcajadas, jinete en un caballo negro, que parecía flotar en el aire, entre la niebla, como si tuviese alas invisibles... El Caballero Púrpura.
—¡Dios sea loado! —jadeó el caballero de la Tabla Redonda—. ¡El Caballero Hechicero... y su monstruosa criatura del infierno! ¡Todo es como dijiste, Kornak!
Era un auténtico engendro gigantesco. Se movía, reptante, como un animal prehistórico, lo que en realidad era, escamoso y con su lomo rematado en espinas erizadas, sus amarillos ojos llameantes, por encima de sus fauces que despedían fuego y humo. Sus zarpas terribles, pesadas y macizas, se hundían en el terreno, cual las de un gigantesco reptil surgido de la nada.
Y allá, encima de él, volando entre niebla y árboles, un caballo negro, un jinete de purpúrea capa y violáceo yelmo, cota de malla púrpura, peto con un dragón rojo sobre campo de oro, enarbolaba una espada extraña, flamígera, cuya hoja de acero parecía a veces convertirse en una pura llamarada sostenida con mano firme por la empuñadura de plata.
La carcajada diabólica del Caballero Púrpura retumbó en el bosque frondoso, con ecos distorsionados y rotundos. Un rostro anguloso, lívido y cruel, asomaba bajo aquel yelmo púrpura, puntiagudo, con protector sobre la nariz y mandíbulas del extraño caballero volador.

—¡Loco y ciego sir Irwin, caballero demente y suicida, que no tiene corazón ni cerebro para luchar contra mis poderes! —estalló la voz satánica del Caballero Púrpura, entre las largas carcajadas que, como ecos dantescos, retumbaban hilarantes en el bosque mágico donde se hallaban—. ¡Morirás ahora, sin tiempo para defenderte! ¡Morirás con tu vil escudero sajón, ese rubio mozalbete insensato que se prestó a seguir te en tu viaje al infierno mismo!
Y como confirmando todo ello, el dragón emitió un terrorífico rugido, pavoroso y devastador, precipitándose sobre ellos, entre oleadas de nieblas agitadas, tierra removida, peñascos desprendidos, árboles arrancados de cuajo, arbustos llameantes...
Sir Irwin, tan arrogante como suicida, tan valeroso como ciego, se precipitó sobre el monstruo, lanza en ristre, dispuesto a vencer como San Jorge, en la desigual batalla.
—¡No, mi señor! —gritó Kornak, pretendiendo frenarle, lanzándose con su mulo, arrastrando los andrajos de sus ropajes y de los engualdrapados de su montura, en contraste con los brillantes ropajes del airoso caballo de su señor.
No pudo hacer nada. Sir Irwin era una fuerza ciega, fanática, movida por los altos ideales de su código de la caballería andante, dispuesto a morir en la liza, antes que a eludir el desafío hilarante del diabólico enemigo.
Kornak cerró sus ojos con horror, cuando el fuego del monstruoso dragón envolvió a caballo y caballero, el alarido de sir Irwin se hizo grito de agonía... y luego, implacable, el Caballero Púrpura se precipitaba, espada flamígera en mano, sobre su adversario abatido.
—¡Cobarde, eso no! —rugió Kornak, frenético, emprendiendo también un galope demencial hacia la bestia y su amo siniestro, dueño de maléficos poderes—. ¡Nunca un caballero cometerá tal vileza con un adversario vencido...!
Era tarde. Y tarde llegó el esclavo sajón.
La flamígera espada del Caballero Púrpura alcanzó en el cuello a sir Irwin. El grito de éste fue ya estertor. Cayó dando tumbos, ardiendo su cabalgadura, llameando entre sangre su cuello y rostro, alcanzado por el filo de fuego de la espada mágica de su antagonista...
Kornak frenó su mulo, que relinchaba aterrorizado.
La mirada perversa, siniestra, ardiente como las fauces de su propio dragón, se clavaba ahora en el joven esclavo sajón. La risa infernal del purpúreo caballero acompañó su grito de colérico odio.
—Ahora tú, pequeño e insignificante esclavo, sucio y vil rufián sajón, que osaste insultar a un caballero llamándole cobarde ¡Muere, puesto que yo así lo dispongo, rata sucia!
Y dragón y caballero se precipitaron sobre él, como titánicas fuerzas del Mal, lanzadas en vorágine desde la niebla insondable de los

Bosques Negros donde el Caballero Púrpura tenía su morada siniestra, de desterrado desleal, de brujo dominador de las artes malvadas de la muerte y el terror...

* * *

Kornak disponía de escasas armas. Muy escasas ante aquel poder de las tinieblas, lanzado sobre él en vorágine caótica.
Sólo su fuerza física, su ballesta, sus flechas, su mulo...
Frente a él, un gigantesco dragón llameante y un caballero asesino, sin respeto a las caballerosas reglas de Camelot, con un caballo alado, con una espada llameante... y con un escudo ante sí. El escudo con el dragón rojo sobre campo de oro...
Kornak clavó sus ojos fascinados en aquel escudo oval, del que oyera legendarias historias en boca del mago Merlín, allá en la capital del reino de Arturo:
«...Y se dice que un escudo con un rojo dragón sobre campo de oro, hace invulnerable al caballero que lo sostiene ante sí, siempre que con él luche por la fe, el amor y la justicia. Y casi invulnerable, si los poderes del Mal se apoyan en ese escudo invulnerable... que sólo la inocencia, la decisión y la fe pueden vencer en una sola ocasión.»
El escudo… El Dragón Rojo del Escudo Invulnerable del Caballero Púrpura... También recordó algo más, citado por Merlín, en Camelot, cuando hablaba de ese objeto defensivo:
«Está escrito en los viejos libros de magia y filosofía... El escudo dota de poderes mágicos a su dueño, que puede hacer creer a los demás todo aquello que él mismo imagine... y darle forma a voluntad. Pero ese mismo poder podría volverse contra él... si alguien obtuviera el escudo maravilloso del Dragón Rojo sobre Campo de Oro.»
La mirada azul de Kornak, el sajón, no se fijaba en el dragón, ni en la flamígera espada, ni en el negro caballo volador, ni tan siquiera en el caballero de purpúreas ropas ... sino en un solo objeto: El escudo.
El Escudo Invulnerable...
Su mulo relinchó, aterrado, frente a la muralla llameante emitida por las fauces del dragón gigantesco.
Kornak entonces saltó de la montura, y estiró sus poderosos brazos. Se aferró de un árbol, colgando de su frondosa copa. Al mismo tiempo, envuelto en llamas, su desdichado mulo se perdió en la vorágine ardiente del dragón...
Kornak saltó a una liana. Y de ella, sujetando con sus dientes la ballesta, colgando de su espalda el carcaj de pesados dardos, se dejó pendular, lanzándose luego en vuelo increíble, por encima de la pesada mole del dragón, hacia el Caballero Púrpura y su etéreo caballo negro, lustroso como el azabache.
El Caballero le miró, perplejo. Alzó su escudo y su espada ardiente,

con una larga carcajada triunfal.
Pero Kornak, describiendo sobre el jinete fantástico una especie de parabólica voltereta mortal, alcanzó otros árboles, sin cometer el error de caer sobre el filo candente de la espada mágica. Se aferró a otras ramas, se irguió en un recio ramaje, de vibrante tronco.
Y allí, rápido, aferró su ballesta, le aplicó un dardo, apenas apuntó... y disparó, tensos sus músculos y nervios.
Un alarido de muerte escapó de la garganta del Caballero Púrpura que, cogido de través, sintió penetrar el terrible dardo atravesando su cuello de lado a lado, limpiamente, por debajo de los protectores de hierro de su yelmo.
La sangre corrió, tumultuosa. El dragón emitió un bramido como si fuese él quien resultara herido en su propia carne, blindada por verdes escamas invulnerables...
Veloz, Kornak soltó su ballesta, se aferró a otra liana, brincó sobre el jinete herido, pasó veloz junto a él, oscilando sobre la rama colgante... y tiró de su brazo zurdo, arrancándole, al fin, el preciado escudo oval, de acero templado, de luminoso color, con el rojo dragón en campo dorado.
—¡Lo logré! —aulló Kornak, vigorosa su voz—. ¡El escudo del Dragón! ¡Es mío! ¡Soy invulnerable en tanto defienda la Justicia y el Bien...!
Y con el escudo ante sí, con sus solos brazos por arma, guiado por una extraña fe ciega, se precipitó sobre el lomo erizado y terrible del dragón...
Apenas sus piernas musculosas alcanzaron el lomo escamoso, ocurrió algo increíble. El dragón emitió un largo, lastimero aullido que hizo temblar el bosque. Su cuerpo se encogió, pareció volverse fláccido, como simple gelatina fofa, se redujo hasta ser sólo un lagarto vulgar, medroso, que emitiendo chillidos de terror corrió entre peñascos a ocultarse...
Kornak no quería dejar nada al azar. Sabía que una magia diabólica había sido rota. Pero la criatura objeto de esos poderes nefastos sobrevivía. Corrió hacia el caído Caballero Púrpura, que se desangraba, agitándose entre horribles convulsiones, y que tiró dos tajos formidables de su flamígera espada contra el escudo de Kornak.
Los golpes rebotaron en éste, entre chisporroteos violentos, sin provocar mella alguna ni abolladura en el formidable escudo. Kornak se inclinó. Le bastó aferrar con su propia mano diestra aquella hoja ardiente. Ni siquiera se quemó. La arrancó de la mano engarfiada del agonizante caballero de ropas púrpura. Este cayó atrás, vencido, con un estertor final que era la muerte.
Luego, Kornak corrió hacia el lagarto que antes fuera dragón, y que chillaba exasperado, corriendo por el bosque. Le alcanzó con su larga zancada. La espada de fuego cayó. Un chillido agudo, mortal..., y el

lagarto, decapitado, se quedó inmóvil.
Kornak jadeó, abatido. Se apoyó en el tronco de un árbol, la espada de fuego en una mano, el escudo del dragón en la otra...
Ya estaban vengados: sir Héctor, lady Irish, los pobladores del bosque, sir Irwin...
Todos vengados. Vencido el Mal.
Y ahora, él era dueño de todo: la espada de fuego, el escudo invulnerable del Dragón...
—El Caballero del Dragón... —jadeó Kornak—. Yo, Kornak, el sajón..., ¡soy ahora el Caballero del Dragón! ¡Y nadie puede vencerme mientras yo defienda la fe, la justicia y el bien!
A su alrededor, el bosque brumoso era todo silencio y muerte. Sir Irwin yacía sin vida. Pero también sus verdugos. Los ojos vidriados del caballero de la Tabla Redonda parecían fijos en Kornak, su esclavo, como si desde la Eternidad asistiera, complacido, al cumplimiento de los sueños fantásticos de un joven esclavo sajón, capaz de llegar a ser caballero invulnerable, gracias a su valor, a su decisión, a su propia fe inquebrantable en la victoria...

CAPÍTULO III

—Caballero del Dragón... ¡Kornak el Sajón! —admirado, el posadero se inclinó ante su huésped... Dios guarde a mi ilustre huésped, oh, gran señor... Nunca imaginé que un sajón llegase a tanto...
—Te equivocaste, entonces —sonrió, desdeñoso, Kornak, entrando en el figón, arrogante su alta figura musculosa, sin soltar su escudo con el dragón rojo, su espada de mágico poder en fundada en la cintura—. Ahora soy el primer caballero del reino. Y viajo a Camelot para rendir pleitesía al venerable rey Arturo, mi único amo y señor desde hoy.
—¿Es posible? —se persignó el posadero—. ¡Un sajón rindiendo pleitesía voluntaria al rey de los bretones!
—Muchas otras maravillas conocerás andando el tiempo —dijo Kornak, encogiéndose de hombros. Señaló una mesa, y puso una mano vigorosa en el hombro del posadero—·. Escucha esto, buen hombre. No traigo dinero conmigo. No aún. Podría haberme traído todas las riquezas del vencido y muerto Caballero Púrpura, o la bolsa de monedas de oro de sir Irwin, pero yo no concedo importancia al dinero. Deseo alojarme aquí esta noche. Cenar, dormir, beber buen vino... Pero no tengo para pagarte. Si no puedes darme nada, me alojaré en las caballerizas y comeré carne en salazón. Si me alojas, te doy mi palabra de caballero de pagarte cumplidamente, enviándote un servidor, desde Camelot, con mucho más dinero del que me cobres por esta estancia y por tus viandas.

—Mi señor, mi casa es vuestra —le guiñó el ojo el posadero, inclinándose obsequioso—. Y no sólo mi mejor vino, mis viandas bien cocinadas y mi mejor alojamiento os daré, sino que también mis mozas de mesón, e incluso mi propia sobrina Morgana os servirán de dulce compañía en vuestra mesa y en vuestro lecho, si así lo deseáis.
—Generoso eres, posadero, y generosamente pagaré tus favores. Pero no necesitas ofrecerme a las mujeres. Estoy cansado y no busco placer, sino reposo y alimentos tan sólo.
—Oh, esperad —rió, malicioso, el posadero—. Esperad a que mi vino surta efecto... y ya me diréis, Caballero del Dragón...
Y efectivamente, el fuerte y fresco vino de la bodega de aquel mesón, de camino a Camelot, surtió su efecto en el flamante caballero de sangre sajona, ardiente e impetuosa.
Y, naturalmente, el vino y el instinto hicieron el resto. Las jóvenes y exuberantes mozas de la posada, siempre complacientes con los caballeros de Camelot, sobre todo si su amo, el mesonero, les pagaba generosamente su servicio, fueron una buena compañía para la larga noche del guerrero que buscaba reposo y tuvo que librar nuevas batallas...
Cuando ya el mesonero cerraba las puertas de madera del Mesón de los Tres Heraldos, sonaron clarines afuera, y numerosos jinetes y caballeros aparecieron. con antorchas ante el humilde edificio de la fonda que se alzaba en el boscoso camino a Camelot, capital del reino.
—¡Eh! ¿Qué es eso? —demandó el mesonero, que ya se daba por satisfecho con tener alojado en su figón a un caballero sajón que iba a rendir pleitesía al rey Arturo, portador del escudo que era llamado por Merlín Escudo Invulnerable de los Caballeros de Fe y de Bien.
—Gente de bien. Caballeros todos, posadero —respondió una voz—. Sólo pedimos albergue por esta noche, y con nosotros, gente leal toda al rey Arturo, viene un familiar del propio rey.
—¿Un familiar? ¿Quién, por todos los diablos, llevando sangre real en sus venas, honra mi modesta posada en esta noche llena de venturas para mi humilde persona y su mísero negocio?
—El príncipe Yarik, de la Bretaña del Sur —habló enfática una voz. Y un caballero alto, vestido suntuosamente, rodeado de escuderos serviles, se movió hacia la entrada—. ¿Por qué miserable mesonero hablaste de grandes venturas para ti, precisamente en esta noche, antes de saber quién era la persona magna a quien tendrás el honor de acoger en tu sucio tugurio?
—Oh, Alteza Real, es que, antes de llegar aquí. Vuestra Graciosa Alteza, príncipe Yarik... el más poderoso caballero de Bretaña llegó a buscar alojamiento, y reposa ahora en mi mejor alcoba, con las mozas del mesón...

—¿Un caballero? ¿Quién puede ser tal cuando han llegado a mí noticias de la trágica muerte de sir Héctor y de sir Irwin, en el norte del país? —dudó el príncipe Yarik.
—Mi señor, precisamente el que ha vengado a sir Héctor y sir Irwing cumplidamente. El vencedor y matador del Caballero Púrpura, dueño actual del Escudo Invulnerable del Dragón.
—¿Qué? —aulló el príncipe, empujando al mesonero con ojos coléricos—. ¡Eso no es posible! ¿Quién puede ser ese hombre, a menos que se trate del propio sir Lancelot en persona, orgullo de este reino todo?
—Pues no se trata de sir Lancelot, sino de... de un sajón.
—¡Un sajón! —rugió el príncipe Yarik, sacando un látigo de su cintura y azotando con él en el rostro y espaldas del mesonero—. ¿Acaso te burlas de mí, sucio rufián?
—¡No, no, mi señor, no me azotéis, por caridad! ¡Juro ante Dios que os digo verdad, y que el propio vencedor del Caballero Púrpura se halla aquí esta noche, dueño del Escudo Invulnerable y de la mágica Espada de Fuego! ¡Es Kornak el Sajón, llamado asimismo Caballero del Dragón!
El príncipe Yarik mantuvo en alto su látigo, sin llegar a bajado de nuevo sobre el humillado mesonero. Entornó sus ojos rasgados, verdes y fríos, reflexionando gravemente. Sus labios formaron una prieta línea de ira y despecho. .
—¡Un sajón enseñando lecciones de caballería andante y de valor a los bretones! —jadeó, lívido—. ¡Un sajón... Caballero del Dragón! Nunca, ¿entiendes? ¡Eso nunca lo soportará el príncipe Yarik, sobrino del rey Arturo y Caballero de la Orden del Armiño Real! Mañana, ¿te enteras, villano?, ¡mañana mismo yo seré el nuevo Caballero del Dragón! Y de eso vas a ocupar te ahora tú mismo, con la ayuda de mis escuderos y caballeros, si tu vino y tus mozas son tan capaces de nublar la mente de un cerdo sajón, como yo imagino.
—Sí, sí, mi señor —afirmó presuroso el posadero, inclinándose servil ante el príncipe—. Lo que vos digáis haré yo... Palabra, mi señor Incluso matar a ese caballero sajón, si así lo disponéis...
—Así lo dispongo, sí. ¡El sajón debe morir inmediatamente... y su escudo pasar a mi poder, villano maldito! Y si se fracasa en ello. ¡todos seréis decapitados aquí mismo!
—No fallará, mi señor —tembló el cantinero, pálido—. No fallará... Dad por muerto al sajón. Y como vuestro ese escudo maravilloso...

* * *

El vino y las mozas habían cumplido sobradamente su misión.
Kornak, el sajón, yacía inconsciente en las revueltas ropas del lecho. Su profundo sopor le hacía resoplar, semidesnudo su cuerpo

magnífico, musculoso y vital, vencido por los excesos de una noche de placeres mundanos, capaces de reducir al mejor y más vigoroso guerrero a la impotencia, la ruina física y mental. La entrega absoluta a un enemigo artero y vil como pocos.
—Cuidado —susurró el mesonero, abriendo la puerta con la llave ganzúa. Se llevó un dedo a los labios, y recomendó cautela con el gesto a cuantos le seguían en la penumbra de la madrugada fría de Bretaña—. El sajón duerme. Está ebrio y cansado... Es el momento.
Era el momento, ciertamente.
Tres muchachas de la fonda se apartaron en silencio, envolviéndose en sus ropas o en los cortinajes, para contemplar la captura del indefenso guerrero llegado aquella noche al figón.
En el umbral de la habitación, como manteniéndose alejado del mundanal vicio, de la tentación humana en que cayera el invicto sajón, permanecía erguida la figura siniestra del alto y enjuto príncipe, el pariente del rey Arturo, pálido y anguloso como un brujo surgido de las siniestras tierras brumosas del Norte.
—Terminad de una vez —jadeó el príncipe Yarik—.
Llevadlo al acantilado. El mar lo tragará para siempre... y nunca se sabrá lo que aquí sucedió esta noche. Después de todo, es un maldito sajón, un enemigo del reino...
Su mirada ávida, codiciosa, se fijó en la espada envainada, en el escudo con el dragón rojo sobre fondo de oro. Sus manos temblaron al acercarse y acariciar aquellos dos ansiados objetos que harían invulnerable a cualquier caballero. Para él sería entrar en el orgulloso y espléndido Camelot con el orgullo triunfal del vencedor. Sir Lancelot, e incluso el propio rey Arturo, su vulnerable tío, se inclinarían asombrados ante el triunfador de la magia nefasta del Caballero Púrpura, ante el viajero que regresaba de vencer al poder de las tinieblas, con los distintivo de su nuevo poder...
Las muchachas, asustadas, contemplaron la escena.
Vieron a los hombres de ropaje oscuro sobre el yacente guerrero, cargar con él, tras desplomar en su rubia cabeza el impacto demoledor de un objeto contundente que convirtió el sopor pesado del buen vino y de los placeres fatigosos del sajón en auténtica y densa inconsciencia.
—Vamos, salid con él —ordenó la voz fría del príncipe—. Yo os acompañaré hasta el acantilado. Con gente como este sajón, capaz de conseguir en lucha abierta el Escudo Invulnerable del Dragón y la espada flamígera del Caballero Púrpura, vale más estar plenamente seguro de que ya jamás volverá a la superficie y, por tanto, tampoco a la vida...
Sus siervos asintieron. Como alimañas turbias y sombrías, se deslizaron en la noche, fuera del figón. El príncipe Yarik cerró sus

dedos lívidos, huesudos, como de ave de presa, sobre el ansiado escudo y la valiosa espada... Con todo ello en sus manos, como un renovado titán capaz de todas las gestas, el sobrino del rey Arturo escoltó a sus esbirros hacia los acantilados donde Kornak, el sajón, sería sacrificado brutalmente, lanzado, desde cientos de pies de altura, a los riscos y rompientes donde las olas se estrellaban, sombrías, rematadas por espumeantes crestas de pálida fosforescencia.
Atrás, el mesonero se quedó contando sus monedas de oro ávidamente, tras el servicio prestado al poderoso señor de Camelot, por cuyas venas corría sangre real, no por ello menos vil ni menos abyecta. Pero pagaba en buen oro, y eso bastaba.
Las mozas, sobrecogidas por el trágico final de su bello y arrogante mancebo de aquella noche, no sabían qué hacer ni qué decir... hasta que el oro de los buenos doblones golpeó en sus bolsillos entre risas malévolas del posadero.
Y todos rieron, ante la canción del oro fácil, ganado cómodamente con el crimen, la traición y la infamia.
Ya nadie, en el Mesón de los Tres Heraldos, se acordaba de Kornak el Sajón, ni de la vergonzosa traición cometida en un huésped confiado, en un guerrero que sólo buscó vino, caricias y reposo...

* * *

—Alto ahí. —La voz helada del príncipe Yarik competía con el glacial cierzo de la noche, viniendo húmedo de los acantilados bretones, donde los esbirros se movían, serviles, trasladando la figura vigorosa, músculo y nervio, tendón y fibra, de Kornak el guerrero—. Es buen sitio. Dejadlo caer al fondo.
—Es un alto risco, señor —habló uno de los vasallos, depositando en tierra al inconsciente luchador—. Se matará aun antes de hundirse en las aguas, despedazado contra esos arrecifes donde rompen las olas...
—Tanto mejor. Será un cadáver lo que se engulla el mar, y no a un hombre que luche por sobrevivir —rió, sarcástico, el príncipe Yarik—. Prefiero a un enemigo muerto que a un moribundo... por si sobrevive.
—Podemos evitar ese riesgo —dijo, siniestramente, otro de sus servidores, golpeando la empuñadura de su espada corta—. Nada más fácil que un tajo y...
—No, no —cortó Yarik, acerada la voz—. Nada de violencia. Cuando lo encuentren, quiero que piensen en una caída, en una inmersión, en un accidente o un error. Cualquier cosa menos una violencia. Soy Yarik, de sangre real, no un villano que asesine vulgarmente. Haced lo que os dije, pronto. Este asunto debe terminarse lo antes posible.
—Sí, mi señor —afirmó uno de sus esbirros.

Se inclinaron sobre el yacente guerrero rubio. Le auparon entre todos, para lanzarle al vacío, en cuyo fondo se agitaban las olas del negro mar nocturno como sierpes de fósforo y de tiniebla.
Yarik, siempre sosteniendo en sus firmes, enjutas manos, escudo y espada, avanzó hasta el mismo borde del acantilado, testigo frío e inmutable de la escena cruel. Sus ojos eran dos centelleantes fulgores ardientes, fijos en su víctima, que era balanceada por vigorosos brazos de escuderos, siervos, villanos y asesinos a su servicio, a punto del salto definitivo...
—¡Ya! —aulló, inclinándose cerca de Kornak—. ¡Arrojadle!
Ellos soltaron al guerrero. El cuerpo de éste osciló en el aire, volteó, para dirigirse a su mortal zambullida en la lejana sima donde rompían salvajemente las olas, entre festones de espuma...
Justo entonces, o acaso unos segundos antes, despertó Kornak, azotada su piel por el frío cierzo y la pulverizada lluvia de agua que el viento traía desde los rompientes.
Rugió el guerrero sajón, ya en el aire. Sus manos rudas, nervudas, se estiraron, sus brazos fueron manojos de músculos vitales, de tendones vibrantes, en busca de algo, de un asidero...
Y ese asidero viviente no era otro que el príncipe Yarik.
Logró aferrarse a él. Yarik gritó, horrorizado, cuando se vio sujeto por las manos engarfiadas, desesperadas, de su enemigo en trance mortal. Se echó atrás, en desesperado intento por salvar su vida, por eludir la zambullida de muerte al vacío tenebroso.
No lo consiguió.
Kornak había enganchado rabiosamente sus brazos y piernas con ambas manos. Cayó al vacío, lanzado rabiosa, cruelmente, por sus asesinos. Pero se llevó consigo, en abrazo mortífero, al propio culpable, al verdugo de sangre real.
Kornak y el príncipe Yarik desaparecieron en la negrura de la noche, del acantilado y del mar, ante las miradas despavoridas de sus sicarios.
El grito de agonía de Yarik se quebró allá, en la sima inaccesible, profunda, donde las olas parecieron aumentar su furia al acoger ambos cuerpos...
—¡Cielos, ha sido espantoso! —jadeó un escudero, lívido—. Hemos de descender, recuperar a Su Alteza... vivo o muerto. O el rey Arturo nos colgará de las almenas más altas de Camelot...
—Sí, bajemos —asintió el otro—. Tal vez podamos llevarle, incluso, el escudo del Dragón y la Espada Flamígera... Será un rico presente para salvar nuestra responsabilidad en la muerte del príncipe...
Oscuras figuras huidizas se aventuraron, por los senderos angostos abiertos en los acantilados pedregosos, en ruta hacia la sima oscura del mar en las rompientes...

Encontraron fácilmente al príncipe Yarik. Su cuerpo no había llegado a sumergirse en las aguas. Se estrelló en las agudas rocas del arrecife y allí se quedó, ensangrentado y horriblemente deforme, colgando entre peñascos, movido por el oleaje.
De Kornak, ni el menor rastro. Tampoco de su escudo o de su espada. Todo ello se había perdido en la negra noche, en las negras aguas procelosas. Y éstas guardaban su secreto.
Recogieron en silencio el cuerpo del príncipe. Luego, alguien encontró una prenda flotando en el mar. La recogió. Era color púrpura. La trajo consigo.
—Mirad... —dijo—. Una capa de caballero... Debió obtenerla del Caballero Púrpura...
—La llevaba como única prenda en su cuerpo —recordó otro. Miró al mar tenebroso—. No hay dudas... El mar se tragó a Kornak el Sajón, y con él, a su escudo y su espada... Volvamos, amigos. Ya todo terminó aquí.
Iniciaron el lento, solemne regreso, con el cadáver ensangrentado e informe del príncipe Yarik como única conquista de aquella acción criminal en la noche.
Allá atrás, el mar silenciaba el destino final de Kornak el Sajón.
Un héroe que ahora se sumergía en las aguas, convertido soo en un hombre ahogado, en un cadáver que iba hundiéndose en las profundidades marinas, no lejos de donde su pesado escudo del Dragón y su flamígera espada descendían asimismo, pesadamente, hacia un lecho de arenas, algas y corales, allá en la sima misma de los mares...
Kornak el Sajón había muerto.

SEGUNDO POEMA
SIRENIA

CAPÍTULO PRIMERO

Muerto.

Estaba muerto. Como mueren los humanos cuando se sumergen en el elemento líquido. Por asfixia. Los pulmones, repletos de agua. La respiración, anulada. El corazón, parado. Muerto...

De eso sabía mucho Algor. Era médico. Conocía la naturaleza de los subacuáticos. Y también la de los terrestres. Existían diferencias sustanciales entre ellos, aunque su apariencia fuese tan similar. Por ejemplo, aquel hombre hermoso y vital, carente por completo de vida al llegar a sus manos de membranosos dedos.

Tenía una forma respiratoria muy imperfecta. No podía respirar sino oxígeno en el aire. No podía extraer el oxígeno del agua, como las branquias de un pez pueden hacerlo. O como el sistema respiratorio de un subacuático podría realizar, tanto sumergido como en el exterior. Claro que afuera siempre existía el problema del tiempo. No se podía vivir demasiadas horas sometido a la acción del aire terrestre. Había que regresar al fondo, seguir respirando en el agua, como todos ellos.

Aquellos humanos distaban mucho dé ser perfectos.

Se podían asfixiar en segundos. El más fuerte de ellos soportaría un minuto o poco más sumergido en el agua, conteniendo aire en sus pulmones, hasta que éstos estallaran. Tampoco resistían las presiones submarinas, sobre todo si la profundidad era excesiva. Y llegaba la muerte, de todos modos.

Había visto antes cadáveres humanos, de gente de arriba, de la superficie. Siempre parecido aspecto: congestión, rostro azulado, ojos desorbitados, boca convulsa...

Tenía que reconocer que aquel cadáver ofrecía algo mejor aspecto, pero eso no significaba nada. Estaba muerto, y eso era lo que contaba, despues de todo. Su apariencia noble, su arrogante naturaleza, su cuerpo magnífico y vigoroso, no podían evitar lo irremediable. Se hundió en las aguas, y se ahogó al no poder respirar. Era lo de siempre.

—Lo siento —suspiró Algor, sacudiendo la cabeza—. No se puede hacer nada. Muerto. Está muerto.

—¿Causas?

—Las de siempre en los terrícolas: asfixia por inmersión —hizo un gesto escéptico, y sus ojos redondos revelaron cierto desprecio—. Su apariencia física no tiene comparación con la nuestra, la de las

criaturas de las profundidades. Pero eso importa poco. No pueden resistir la presión ni la ausencia de oxígeno. No sirven para gran cosa, una vez muertos, salvo para nutrir a los peces sin inteligencia...
—Espera, Algor. ¿Recuerdas la nueva ley? Hay que informar al Centro Científico. Y a la Regencia.
—Oh, cierto, casi lo olvido —se dio un palmetazo en su frente escamosa, levemente azulada. Miró con disgusto al difunto guerrero rubio, llegado de las alturas, de la superficie de los mares—. Eso me hará perder un tiempo precioso, Aquor. Hoy que tengo trabajo en los nuevos laboratorios de investigación biológico-subacuática y...
—Entonces deja que yo me ocupe de los trámites, Algor —sonrió Aquor, servicial—. Informaré al Centro y llamaré a Sirenia personalmente, a través del aquovisor. Ella podrá ver el cadáver y resolver. ¿Funcionan sus impulsos cerebrales todavía, Algor?
El científico pulsó una tecla, y en una pantalla oval aparecieron unas vibraciones luminiscentes, rítmicas, de pausada y decreciente intensidad. Afirmó el científico de las profundidades:
—Sí. Aún vive su mente. Pero por poco tiempo. Está cerca de la muerte clínica absoluta.
—Le situaremos en la cámara generadora de impulsos electromentales. Al menos resistirá unos momentos más en tanto decide la Regencia.
—Está bien, Aquor. Resuelva usted. Creo que es lo mejor. —Algor, el científico de la Sección Biológica de Oceanland, hundió las manos en su uniforme de tejido plástico, fosforescente, hecho de fibras vegetales subacuáticas, sacudió su cabeza escamosa y se alejó apaciblemente por el largo cilindro plástico, luminiscente, que era el corredor hacia los grandes laboratorios submarinos de ultramoderna factura.
Aquor, joven alto, de cabellos azules, fibrosos como algas, suspiró e inclinose sobre el cadáver del extranjero rubio, de piel bronceada y vigorosos músculos. Le situó sobre una de las plataformas de vidrio azul luminoso y presionó un resorte. La plataforma flotó, hasta penetrar en un tubo de vivificación electropsíquica. De cualquier modo el indicador vital señaló únicamente una pobre cifra en la esfera graduada: cero veintiocho, sobre un total de vitalidad física de diez y mental de cinco. Las posibilidades de supervivencia del cuerpo aquel eran mínimas en ese momento. Y tales posibilidades irían en descenso paulatino hasta llegar al cero absoluto, que significaba la muerte física y mental, la paralización completa de todo impulso cerebral en aquel cuerpo ya clínicamente muerto.
—Bien, ahora informemos... —suspiró Aquor, dirigiéndose al video-acuático, de transmisión de sonido e imagen en las grandes profundidades marinas. Giró los mandos, y en pantalla apareció un

funcionario de Control de Oceanland, que preguntó monocorde:
—Centro de Control de Gobierno. Informe, por favor.
—Aquí Aquor, de Biología. Tenemos un extranjero de la superficie. Estado clínico, negativo.
—¿Absolutamente negativo?
—Sólo los impulsos cerebrales responden aún —consultó la esfera graduada—. Pero aun así, en estos momentos su índice de vitalidad mental es solamente de cero diecinueve.
—Eso es casi nulo, profesor Aquor.
—Casi —afirmó el científico, secamente—. Pero hay una posibilidad. Conforme a la nueva legislación la Regencia debe ser informada de toda novedad sobre los extraños. En especial, si algún cadáver de la superficie llega a nuestra ciudad de las profundidades.
—Conforme. La Regencia será inmediatamente informada. Deme los datos exactos científicos del difunto... y tambien su telefotografía física, para transmitirlo al Centro de Mando.
—Sí, en seguida... y Aquor comenzó su tarea.

* * *

Sirenia contempló la telefotografía en color, reproducida en la lámina plástico de vitroglass. Agitó aquella imagen policroma y tridimensional a la luz del proyector.
—Un hombre hermoso —ponderó.
—Pero muerto, mi señora —le recordó Tritón, con voz grave.
—Sí, lo sé. Física y clínicamente muerto. Pero no mentalmente muerto. No aún, Tritón.
—Lo lamento, señora. —Arrancó una tira plástica del electrotransmisor—. Las últimas noticias son pesimistas. El nivel de vibraciones mentales del hombre de la superficie ha descendido a cero dieciséis. Apenas un par de minutos le separan de la muerte definitiva.
—Un par de minutos... —Ella miró, angustiada, al controlador de tiempo-Tierra, en su cámara vidriosa, sumergida entre bellísimos bosques de algas y corales fantásticos. Sus branquias bi-activas, para respirar en agua o en aire, funcionaban perfectamente, en el ámbito presurizado para reacciones puramente humanas, como las que ahora poseían ella y sus gentes. Pero aun así, parecía añorar el azul líquido del exterior. Se inclinó sobre un controlador de datos biológicos, escribiendo automáticamente por transmisión desde las computadoras del Pabellón de Biología.
—Es todo el tiempo de que disponemos ya —le recordó Tritón—. Supongo que no vamos a intentar nada por evitar que las cosas sucedan como tienen que suceder en buena lógica, señora...
—Supones mal, Tritón —rechazó ella fríamente. Apoyó su mano

pálida, de azuladas uñas nacarinas, sobre los datos biológicos transmitidos incesantemente—. ¡Dadle vida!
—¿Qué? —pestañeó, sorprendido, su consejero, de grandes ojos redondos, piscícolas.
—Has oído perfectamente, Tritón: dadle vida al extraño. ¡Resucitad sus células vitales ahora mismo, antes de que se agote su tiempo!
—Pero, señora, eso es puramente experimental, una simple teoría aún...
—¡Todo es siempre una teoría, hasta que deja de serio... y se hace realidad! —fue la dura réplica de Sirenia—. ¡Vamos, obedeced, Tritón! ¡Quiero a ese hombre vivo! Y sin fallo alguno, o el programa científico será definitivamente prohibido y anulado.
—Señora, todo depende de Algor, de Aquor...
—Pues comunica con ellos urgentemente. Quiero resultados. Si los procedimientos de revivir a criaturas de fuera de este elemento vital son ciertas, el extraño subrevivirá. Si no, todo habrá sido un simple error científico. Y no valdrá la pena seguir adelante.
—¿Para qué puede servir ese extranjero, suponiendo que sobreviviese y regresara de la muerte...?
—Eso es cuenta mía, Tritón. Da la orden.
—La daré. ¿Es... una orden preferente, de máxima trascendencia?
—Sí, lo es.
—Bien, mi señora...
Y Tritón se encaminó a la computadora de órdenes reales y oprimió el botón rojo de máxima preferencia en el conducto de órdenes urgentes. Eso significaba que el extranjero rubio, de poderosos músculos, debía de ser resucitado. O, en caso contrario, todo el engranaje científico de los habitantes submarinos se derrumbaría inexorablemente.

* * *

El arco voltaico describió un azulado zigzag entre las dos sienes del hombre tendido sobre la plataforma de vidrio, dentro del electrorreactor.
Aparentemente, nada se alteró allí dentro. El cuerpo rígido, musculoso, seguía siendo un cadáver. Su rostro era una hermosa máscara. Sus miembros, piezas inertes. Sus ojos, cerrados, no se abrían. Su pecho, ancho, titánico casi, no se agitaba con el menor soplo de vida.
Pero los electrodos continuaban su tarea. Las descargas eléctricas iban y venían, en arco constante, de lado a lado de su cerebro. En las esferas graduadas, las agujas oscilaban, siempre creciendo un poco más en su nivel. Siempre señalando, cuando menos, unas décimas más hacia el nivel rojo de la vida humana...
Kornak era todavía un muerto. Un cadáver. Pero el experimento

continuaba. Y alguien, al otro lado de los visores de vidrio, confiaba en el resultado final de aquella prueba. Alguien cuya voz ronca anunció entre dientes:
—No sé si va a resultar. Lo estamos intentando. Pero todavía es todo tan incierto, tan inseguro... Ese hombre, físicamente, estaba muerto ya. Mentalmente, aún vive. Estamos intentando mantener la vida en su cerebro para que el resto de su cuerpo vuelva a vivir. Pero, ¿dónde está la verdad de la vida y de la muerte? Ese es el gran problema, se trate con terrícolas, con acuáticos... o con alienígenos de cualquier otro mundo...
Un nuevo trallazo de luz serpenteó de sien a sien, sobre la cabeza rubia e inmóvil del extraño llegado de más arriba, de la superficie, por encima de las azules simas de los espacios profundos del océano.
Y las agujas subieron un poco más, sólo un poco, en la graduación vital correspondiente a aquel ser llegado de afuera. De un mundo de luz, sonidos, sol y aire respirable...
Un mundo medieval, en la superficie del planeta Tierra, a muchas millas por encima de la profundidad insondable e insospechada de un lugar llamado Oceanland...

* * *

—Ya está...
—¿Qué está, Algor?
—Las branquias, mi señora. —suspiró el científico—.
Ya puede respirar como nosotros, fuera de la ciudad submarina. Como un acuático más.
—¿De modo que... vive?
—Vive, sí —afirmó rotundamente Algor—. Físicamente es otra vez un ser viviente. Mental y biológicamente, respondió a todas las pruebas.
—Por tanto, el experimento, la teoría... fueron un éxito total.
—Yo no estaría tan seguro, mi señora.
—¿Qué quiere decir eso?
—Quiero decir que ese extranjero sí respondió. Físicamente es un superdotado. Su cerebro es vigoroso y rebelde. Lucha por algo y desea vivir. No sé mucho sobre los seres de la superficie de este planeta, pero sé sobre ese hombre lo suficiente. Es un luchador, un guerrero nato. Posee algo más que fuerza física y determinación. Su mente es vivaz, ágil y poderosa. Yo diría que es... un superdotado. Un coloso. Tal vez eso fue un éxito, no nuestras teorías científicas.
—Pero él vive. Vuelve a ser él mismo... ¿Responde su mente y su físico a como él era antes de sumergirse y morir asfixiado en las profundidades del mar?
—Sí, mi señora. Creo que es, exactamente la misma persona. Lo que ignoramos es si ahora, dueño absoluto de su cuerpo, de su mente y

de su destino, poseedor de facultades sobrehumanas, que nadie de su especie posee.... podrá sernos útil o no.
—Tiene que sernos útil —musitó Sirenia, reina regente de las profundidades marinas—. ¡Tiene que serlo, cueste lo que cueste, Algar!
—Eso, mi señora ya no está en mis manos, sino en las de él, tal vez —señaló al hombre rubio que yacía dentro de la cámara hermética, a presión, donde los bisturís eléctricos, manipulados a distancia, habían intervenido su sistema respiratorio, supliéndolo con un circuito branquial artificioso, pero eficaz, que jugaba la doble tarea de respirar en el aire o en el agua. Luego elevó sus ojos hacia las altas bóvedas cristalinas de la ciudad sumergida y añadió, solemne—: O en las del Creador de todos nosotros, seres de cualquier mundo del universo...

* * *

—¿Tu nombre?
—Kornak. Kornak el Sajón.
—El Sajón... Es no es un apellido.
—¿Apellido? Nunca lo tuve. Los esclavos sajones no tenemos apellido...
—Sajones... Normandos, bretones ... Entiendo. —Sirenia afirmó, tras una rápida ojeada al video-lector de Historia de su cámara. Cerró el interruptor, y se apagó la imagen proyectada en la pequeña pantalla estereoscópica—. Son gente de tu mundo actual, Kornak.
—¿Mi... mundo actual? —la miró él, vacilante, medio erguido en la plataforma de extraña materia vidriosa, flotante. Se llevó las manos a la cabeza, donde los electrodos del transmisor-receptor de idiomas y de conocimientos actuaba sobre su mente primitiva, cultivada de súbito por enseñanzas puramente electrónicas. Afirmó, despacio—: Oh, sí, ya entiendo... Queréis decir... arriba. En la superficie...
—Sí. En la superficie. Fuera del mar, lejos de ese azul que nos rodea. En tu ambiente, Komak. Creo calcular fácilmente tu era actual en estos momentos. Aproximadamente el año seiscientos...
—Quinientos setenta y tres... dijo un filósofo lector hace cosa de cuatro o cinco años atrás —sonrió el rubio guerrero—. Eso nos marcaría... el quinientos setenta y siete o setenta y ocho de... de la Era Cristiana...
—¿Cristiana? —repitió Sirenia, enarcando sus tenues cejas azules, plateadas casi.
—Cristo. El Redentor. El principio de todo —suspiró Kornak—. Quizá el fin también. Todo, señora. Ahí empezaron a contar los antiguos su nuevo modo de vida, sus siglos y años... Por algo debe ser, ¿no?
—Sí, claro. Por algo debe ser... Perdona, Kornak. No entiendo bien ciertos conceptos... a pesar del traductor electrónico. Su lengua, la

nuestra, nuestras mentalidades diferentes, la tecnología, los tiempos, los medios, el modo de ser y de pensar...
—Señora, vos sabéis ahora quién soy yo: Kornak el Sajón. ¿Qué sé yo de vos, que parecéis una hermosa y fantástica visión, obra de un mago o de un hechicero?...
—Mi nombre es Sirenia.
—Sirenia... Me recuerda viejas leyendas marinas, señora.
—Acaso soy una leyenda marina —rió ella suavemente. mostrando las suaves escamas azuladas de sus pies y de su cabeza, como un casquete de vidrio o placas—. No entiendo mucho de leyendas. Lo que para unos es normal, para otros es fantástico. Ha ocurrido siempre. En tu tiempo... y en el mío.
—¿Tiempo? —enarcó las cejas Kornak—. No entiendo...
—Es difícil de entender. Nos separan milenios, valeroso guerrero. En tiempo, en espacio, en ideas, en mentalidad, en recursos... Pero creo que todo eso no basta a veces. Hay cosas que nos aproximan bastante. Y nos hacen muy iguales.... por encima de todo lo que pueda separamos.
—¿Nacisteis aquí abajo, Sirenia? ¿En estas aguas?
—No. No nacimos aquí.
—¿Entonces...?
—Es una larga historia, Kornak. Tú no la entenderías, posiblemente.
—¿Por qué no? —dudó él—. ¿Tan poco inteligente me creéis?
—No es cuestión de inteligencia. Es cuestión de adaptación, de mentalidad... No siempre resulta fácil todo eso, Kornak.
—Imagino que no. Ahora mismo estoy tratando de adaptarme a algo. Sé que llegué a morir ahogado en el mar. En realidad, yo estuve muerto. Y ahora vivo, respiro, aliento... Eso no es fácil de aceptar. Pero a través de mi mente me llegan ideas extrañas, sorprendentes, incluso fantásticas para mi modo de concebir ciertas cosas. Primero pensé que fuese magia, pero algo en mi cerebro, automáticamente, rechazó la idea. Por tanto, no es magia. Pero yo, un muerto..., estoy vivo. ¿Por qué?
—También es largo y difícil de referir. Yo podría decirte, Kornak, que...
—...Que vuestros médicos son muy superiores a los que yo conocí en mi vida —cortó secamente Komak—. Que tenéis algo raro, alquimia o lo que ello pueda llamarse que controla en cierto modo la vida y la muerte, la naturaleza del individuo, su lengua y sus sentimientos. Que podemos hablarnos e incluso entendemos mutuamente ahora, hablando lenguaje diferente vos y yo, mi señora...
—Sí —afirmó ella, sorprendida—. Así es. Así está ocurriendo. Me asombra tu rapidez mental. Eso es lo que nosotros somos capaces de hacer. Sólo que aquí la alquimia se llama... ciencia.
—¿Ciencia? He conocido la ciencia de mi gente, allá arriba... y a los

científicos o sabios. Nadie logró eso, como nadie logró convertir piedras en oro, pese a sus sueños sobre la piedra filosofal. ¿Qué ciencia es la que devuelve la vida a los muertos y permite hablar a gentes del mundo del aire libre con gentes de ciudades sumergidas en el fondo del mar?

—Digamos que su nombre real es... tecnología —sonrió Sirenia.

—Tecnología... —repitió él, sacudiendo la' cabeza—. Raro nombre, ¿no?

—Raro, sí. Muy raro. Algún día lo entenderás. Esto es sólo el principio, Kornak.

—Yo no os entiendo, señora. Vos sí me entendéis a mí. Debo imaginar que, en vuestro mundo de... de tecnología yo soy el Pasado y vos... el Futuro. Yo, vuestro pasado. Vos, mi futuro.

—Esa es una frase inteligente —admitió ella, asombrada—. Sí. Refleja 'a realidad de los hechos.

—En suma: llegasteis... del Futuro.

Hubo un silencio. Ella le miró, casi atónita. La imaginación de la hermosa dama de piel pálida, azulada, y escamas en el cabello y en los desnudos pies parecía por primera vez resentida por algo insólito: que alguien tuviera más imaginación que ella misma, al margen de toda lógica posibilidad.

—Sí... y no —musitó, melancólica. Inclinó la cabeza, donde las luces deslumbrantes de Oceanland arrancaban destellos celestes de su cabeza escamosa y bellísima, como si luciera un casquete sobre su cabello. Un casquete que, en realidad, era su propia melena, hecha de fibras y escamas cristalinas, azules, sobre el óvalo delicioso de un rostro bellísimo. de ojos almendrados, azules como sus escamas. como sus menudos pies membranosos, mitad de pez, mitad de mujer.

—¿Qué quiere decir eso, señora?

—Que procedo del futuro tuyo..., pero no he viajado en el Tiempo, puesto que veo, sorprendentemente, que entiendes un concepto tan difícil y metafísico. Yo he venido de otros tiempos, sí. Pero en un terreno puramente físico. Procedo de mundos diferentes a los tuyos. Kornak. Más avanzados. Ellos son ese futuro de que tú hablas... pero en el presente. Hoy. Sólo que allá, a mucha distancia de estos mundos donde ahora nos encontramos. Es un proceso difícil de relatar, Kornak. Acaso lo entenderías, acaso no. Eso no puedo asegurarlo. Pero lo cierto es que nos separan millones de millones de millas en el Cosmos. Vinimos de otros planetas mi pueblo y yo. De planetas acuáticos en su casi totalidad. Estábamos hechos a un mundo de agua o de líquidos similares. Y aquí, en las profundidades marinas, nos adaptamos a otra forma de vida diferente a la vuestra, la de la superficie. No es mejor ni peor. Es, sencillamente distinta.

—Acuáticos de otros mundos... —suspiró Kornak—. Creo entender.

Sé que no hubiera entendido, tiempo atrás, antes de convertirme en el caballero Kornak el Sajón. Pero ahora entiendo, en este extraño mundo sumergido. Sé que hay impulsos ajenos a mí que enseñan a mi pobre cerebro, fatigado y aturdido. Esos impulsos son los que me hacen entender y asimilar... Es... es vuestra «tecnología», ¿no lo llamáis así?
—En efecto, Kornak. Así lo llamamos. Eso te hace entender algunas cosas. Las demás, las que tú entiendes por ti mismo, es tu propia imaginación la que te las enseña, extranjero.
—Y esa imaginación me hace suponer que vosotros, los de otros mundos, vivís en una era muy superior, muy avanzada, muy lejana a la nuestra... en todo terreno.
—Sí, Kornak —sonrió ella. Paseó alrededor del rubio guerrero sajón, mientras continuaba, con su dulcísima y firme voz, que llegaba al cerebro y a la comprensión de Kornak, a través de los circuitos de complejos electrodos y traductores de ideas, imágenes, conceptos y palabras, de su casco mental—. Una vez, en una nave espacial en la que fuimos enviados al espacio cósmico, llegamos a un planeta desconocido, lejano de nosotros, donde una avería nos obligó a quedarnos. Ese planeta era el tuyo. El vuestro, Kornak. Y aquí tuvimos que quedarnos. Estábamos adaptados para vivir en el espacio o en las profundidades de vuestros mares. Elegimos la segunda solución porque no nos gustó la superficie, y renunciamos a toda posible adaptación al clima exterior. Nuestro sistema mixto, de branquias-pulmones, actuó conforme a nuestros deseos, y pudimos adaptarnos al sistema elegido, que era el más idóneo para unos acuáticos como nosotros.
—¿Acuáticos? Yo diría que, como ciertos reptiles de mi mundo, sois anfibios...
—Anfibios, sí. Esa es nuestra condición natural. Como ahora lo es la tuya, tras la intervención de bronco-pulmo-cirugía, en nuestros centros de adaptación, tras hacerte revivir, una vez vencida la muerte clínica por medio de impulsos mentales y cardiotónicos. Ahora, Kornak, tú eres uno más de nosotros. Pero unirás a tu propia inteligencia de humano del planeta Tierra, donde vives, la de nosotros, los alienígenas llegados de tan lejos... ¿Imaginas lo que eso puede reportarte?
—¿Reportarme... a mí? —dudó Kornak— Difícilmente veo que mi historia, mis facultades o mis recursos actuales me sirvan para nada en la corte del rey Arturo.
—¿ El... rey Arturo? —dudó Sirenia.
—Eso es. Mi mundo, señora. Un mundo donde encontré la, gloria, la victoria, la traición... y la muerte. Sin vuestra ayuda sería ahora solamente un cadáver sumergido en el fondo de los mares. Perdí en

mi inmersión mi escudo y mi espada. Y con ellos, la fuerza toda de mi brazo.
—¿Escudo... y espada?
—No he visto armas semejantes aquí —sonrió Kornak, negando con la cabeza—. Pero eran fuertes. Las más fuertes conocidas. Claro que vuestra... «tecnología» de grandes adelantados no necesita de escudos ni espadas, ni del valor de un caballero, pero...
—¿Llevabas contigo esas prendas, escudo y espada?
—No lo sé. Posiblemente no —se inclinó, humillada la rubia cabeza arrogante del guerrero sajón—. Perdí mis atributos en la holganza, la pereza y el placer. Me estuvo bien empleado. Jamás fiaré ya en mujeres, vino o mesoneros, en tanto exista. Pero ya es tarde. Yo mismo me dejé robar honor, dignidad, vida y atributos de armas. Es justo que pague por ello con mi fracaso y mi vergüenza.
—Intentaremos dar con esos objetos —pulsó una tecla y ordenó ante un comunicador a distancia—: Buscad dos armas del extranjero. Se llaman escudo y espada. El transmitirá ahora la imagen psicomental de esas prendas. Vamos, Kornak, hazlo. ¡Piensa en tu... tu escudo y tu espada!
Kornak lo hizo. Sorprendentemente, su pensamiento se reflejó, con fidelidad pasmosa, incluso en el color, allá en una pantalla, como una imagen proyectada fantásticamente. Atónito, Kornak sacudió su cabeza dorada, comentando perplejo:
—¡Cielos! Vuestra tecnología... Imagen psicomental y todo eso... ¡Es como si estuviera viendo mi escudo y mi espada ante mí tal y como los imaginé!
—Pero no están ante ti, sino quizá perdidos para siempre —le recordó la bella Sirenia. Se volvió lentamente hacia él, tras pulsar en silencio un teclado policromo—. No temas, sin embargo. Si están en alguna parte de este mar, mis tritones darán con ellos...
—¿Tritones dijisteis, señora?
—Son mis servidores leales más allá de los muros de esta ciudad sumergida. Anfibios auténticos, mitad peces, mitad hombres. Ya te dije que vinimos de un mundo casi acuático, donde muchas cosas no son como debieran de ser, por desgracia para nosotros...
—Eso significa ...
—Eso significa, amigo mío, que ni siquiera con la nave reparada, como la tenemos, podríamos regresar jamás a mi mundo.
—¿La nave... reparada?
—Sí. La misma que nos condujo aquí a través del universo. La que nos hizo moradores de las profundidades marinas, ignorados por tu civilización de la superficie. Mientras allá arriba estáis en una Edad Media, nosotros, abajo, vivimos nuestra tecnología superior, de tiempos futuros para tu planeta. Me alegra que entendieras eso

fácilmente, Kornak. No sólo eres fuerte, sino inteligente. Y por lo que me revelaron tus pruebas psicomentales, también sabes cosas que tus contemporáneos ignoran: lectura, escritura, ciencias, religión... Eres un extraño guerrero, inteligente y culto, surgido de un mundo de barbarie y primitivismo.
—Me enseñaron a leer y escribir. Yo hice el resto señora. No pude hacer más porque fui guerrero y esclavo, luchador y vasallo. Intenté llegar más lejos... fracasé.
—Creo que en todos los mundos sucede igual. Pero me alegra que alguien intentase acabar con tu vida, arrojándote al mar. Eso te salvó definitivamente.
—¿Suponéis tal cosa, señora?
—Sí, Kornak. Y no vuelvas a llamarme «señora». Para ti solamente soy Sirenia.
—Sirenia... Repito: parece nombre de leyenda...
—Todos somos un poco leyenda. Mitad pez, mitad mujer... Así es nuestro mundo. No podría sobrevivir de otro modo, Kornak. Como tú no podrías sobrevivir allá arriba sin tu... tu escudo y tu espada.
—Cierto —la miró, sorprendido—. ¿Qué pensáis hacer conmigo, Sirenia?
—No lo sé. Devolverte a tu gente será acaso un error. Serás mitad pez y mitad hombre, ya que tus branquias actuales se mezclan con tus pulmones. Un curandero vuestro diría que eres algo así como... un brujo.
—Un brujo... —jadeó Kornak—. A los brujos se les quema vivos en mi mundo, Sirenia...
—Lo sé. Si vuelves del mar, dirán que venciste a los poderes tenebrosos del océano. Sabes cuál es la mentalidad de tu pueblo en estos años de oscuridad e ignorancia en que te tocó vivir. No debes intentar esa prueba. Nosotros podemos devolver la vida a un muerto mientras su cerebro aún responde. Pero no podemos dar la inmortalidad a nadie. Esa es privativa de Alguien superior...
—¿Dios?
—En tu lenguaje.... sí. Esa es la palabra: Dios. No importa cómo se le llame. Lo que importa es que está para todos nosotros allá en alguna parte de nuestro universo, Kornak...
El sajón besó su cruz de metal viejo y feo, colgándose la cadena de hierro en torno a su cuello. Luego miró en torno, a las grandes paredes de vidrio de Oceanland.
—Entonces. Sirenia... ¿cuál es, realmente mi destino? ¿Cuál, a partir de ahora?
—Eso... tú mismo debes decidirlo —le respondió ella, suavemente.
—¿Yo? —Kornak se volvió, mirándola incrédulo—. ¿Qué significa eso?

—Significa que...
En ese momento hubo un formidable crujido en alguna parte. Se sintió temblar el suelo, se abrieron los muros de apariencia vidriosa, y el agua, tumuituosa, penetró a raudales en la ciudad sumergida, invadiéndolo todo con formidable fragor.
Oscilaron las luces, hasta extinguirse totalmente. En la oscuridad, voces lejanas repitieron, con vivo terror:
—¡La Sierpe! ¡Es la Sierpe! ¡Es el fin!
Sirenia, cerca de Kornak, emitió un grito agudo. El joven guerrero intentó moverse hacia ella, para protegerla del ignorado peligro.
En ese momento tembló todo el recinto de nuevo, se sintió el crujido de muros reventados, y saltaron miríadas de chispas de los computadores. Alrededor de Kornak, todo fue ahora oscuridad, confusión y terror.

CAPÍTULO II

Kornak sintió entre sus férreos brazos musculosos el cuerpo vencido, débil y tembloroso de la bellísima mujer de escamas azules y tersa piel nacarada. Un aliento suave rozó su rostro, cuando la voz de ella le llegó, aterrorizada, a través de los traductores electrónicos de su casquete mental:
—¡Kornak, por piedad! ¡Ayuda a mi gente, a mi desdichado pueblo!
—Tu gente, tu pueblo... —susurró él, rodeándola con sus brazos titánicos. Jadeante, arrodillado en la sombra, sentía el tumulto del agua viniendo impetuosa hacia donde ellos se encontraban—. ¿Qué ocurre? ¿Qué es lo que teméis?
—La Sierpe... La Sierpe ... —susurró la hermosa mujer de las profundidades.
—¿Sierpe? ¿Qué Sierpe? ¿Qué significa eso? —insistió el sajón.
—El gran monstruo de las profundidades... El enemigo secular de mi pueblo... El invencible, Kornak...
—¿Invencible? ¿Qué clase de enemigo puede ser invencible... contra una gente como vosotros, amos y señores de una ciencia tan poderosa?
—Ese... ¡Ese, Kornak! —sollozó ella.
Kornak miró. Y Kornak entendió.
Ella tenía razón. El más terrible enemigo imaginable. Estaba presionando los muros acampanados de la hermosa ciudad científica, alojada en el fondo del mar. Se agrietaban los muros, penetraba el agua con toda su tremenda presión, se abatían los edificios, vencidos por el alud caótico del agua exterior...
Y afuera, como un enorme anillo devastador, presionando las paredes vidriosas, aquella especie de ingente, repulsiva, viscosa serpiente

amarillenta, de pegajosa piel y rostro monstruoso, de larga lengua y colmillos aterradores, de cientos y cientos de yardas desplegadas en roscas ingentes, agitándose tumultuosa en las aguas, desgarrando corales y algas, haciendo saltar por los aires peñascos y vegetación abisal.

E incluso atacando ferozmente a grupos de hombres peces plateados, los poderosos tritones de Sirenia, armados de centelleantes trallas de luz, que herían y agitaban al reptil fabuloso, auténtico dragón de las profundidades, con espasmos de dolor que en caso alguno eran no sólo mortales, sino ni tan siquiera graves para su integridad...

—¡Dios sea loado, es mil veces peor que el Dragón del Caballero Púrpura!... —jadeó Kornak, sintiéndose arrastrado ahora por un alud de agua tumultuosa que le envolvió—. ¡Y ni siquiera es producto de magia alguna, sino un ser real, un monstruo surgido de los abismos del mar, para destruir a los que llegaron de otros planetas!

No poseía armas. Ni fuerzas para vencer, no ya al reptil fabuloso, sino ni tan siquiera al impacto devastador del agua, que le arrojó contra los computadores en llamas, sin que su firme brazo zurdo dejase de sujetar, férreamente, a la casi inconsciente Sirenia contra sí mismo.

Creyó ahogarse. Tragó agua, ésta invadió a raudales sus pulmones... y, cosa increíble, empezó a expulsarla limpiamente, con suma facilidad, entre burbujas de oxígeno. ¡Podía respirar, vivir, bucear y sostenerse dentro del agua, por tiempo indefinido al parecer!

Recordó. La fabulosa biocirugía de los fantásticos moradores del fondo del mar, su civilización superior, su gran tecnología, su ciencia y su sabiduría... Todo eso se revelaba en estos momentos en su poder supremo. El era un anfibio ahora. Podía desenvolverse en el mar, sumergido, tan fácilmente como si estuviera en el aire exterior, respirando oxígeno puro...

Pero la Sierpe, brutal y demoledora, continuaba allá afuera, desgajando muros, reventando edificios y estructuras que costaron, quizá, décadas enteras para alzarse en las profundidades marinas donde los visitantes de otros mundos tomaron albergue, en pleno medioevo de la Humanidad ...

Y Kornak supo que si no hacía algo, aquel horrendo monstruo marino de ingentes proporciones terminaría con la obra de unos seres superiores, inteligentes, nobles y dignos.

Supo que estaba obligado a hacerlo, aunque no tuviera armas para ello. Aunque, como el día en que se enfrentó, allá en los Bosques Negros, al monstruo terrorífico del Caballero Púrpura, en las tierras bretonas, no llevase medios ni armas para combatir a tal poder.

Y Kornak el Sajón, por segunda vez en su vida, se precipitó al duelo suicida con un enemigo pavoroso. Sirenia gritó, asustada, advirtiendo lo que pretendía. Su grito de alarma le llegó claro, como un aviso

apremiante:
—¡No, Kornak, eso no! ¡Serás aniquilado!
Pero no hizo caso. Volvía a ser, a muchos miles de yardas de profundidad, Kornak el Sajón. El caballero del Escudo del Dragón..., pero sin escudo. Y sin espada flamígera.
Y se precipitó, como un suicida, sobre la Sierpe de las profundidades marinas.
El enorme monstruo le vio venir hacia él. Sus fauces terroríficas se abrieron. Colmillos amarillentos centellearon en la fosforescencia azul del fondo del mar... Un cuerpo fabulosamente grande y poderoso reptó, culebreando feroz.
Era la muerte, y Kornak lo sabía.
Pero no retrocedió. Kornak no retrocedía. Kornak no temía a la muerte. Ni en la superficie del mundo..., ni en las simas del mar.

* * *

Era como la pugna de un ridículo pigmeo ante un coloso.
Una vez más, a lo largo de la historia del mundo, David se encaró a Goliath... allá en el fondo de los océanos.
Un joven rubio, atlético guerrero anfibio, dotado ahora de branquias y pulmones, respiraba en las aguas como un pez, braceaba como un hombre. Y se enfrentaba, como un titán a una fuerza desatada de la naturaleza.
La serpiente marina bramó, destrozando de un coletazo un enorme trozo de cúpula submarina Y con ella, un torreón de control y defensa del que dejaron de partir radiaciones paralizantes, tan estériles como insistentes, sobre el corpachón escamoso, amarillo y fosforescente de la bestia marina.
Kornak, como un diminuto adversario, insignificante ante el colosal reptil que le centuplicaba el tamaño, braceó, en ascenso casi vertical, hacia la cabeza del monstruo demoledor, que clavó repentinamente en él sus redondos, malignos ojos ambarinos y rojos, ávidos de sangre y destrucción...
El temerario sajón, con la sola fuerza de sus manos, iba al encuentro del desastre, de la muerte cierta e inexorable...
—¡Cielos, no...! —sollozó Sirenia. Cerró sus ojos. trémula—. Pudo haber sido un héroe superior a todos. Pudo haber salvado a mi estirpe, a mi pueblo, a mi mundo incluso.... ¡y tiene que morir ahora, estúpida e inútilmente! ¿Por qué, Señor mío?
Mientras tanto, Kornak subía, subía entre oleadas de agua espumeante, furiosa, que penetraba a raudales en Oceanland, entre sombras, centelleos de luces de emergencia y ulular de sirenas, marcando la alarma para los habitantes subacuáticos.
Subía, con poderosas brazadas, sintiendo en sus pulmones el agua,

notando el zumbido de sus sienes bajo la acción agobiante del agua y su presión... Pero sin sentir asfixia, sin que su fuerza ni su conciencia se extinguieran, ni la muerte llegase a él, como la vez anterior, por falta de oxígeno en su sistema respiratorio. Las branquias artificiales de la supercirugía de los alienígenas establecidos en el fondo de los mares terrestres funcionaban, evidentemente, a la perfección.
Pero todo eso de poco iba a servirle ahora ante la furia desatada del feroz animal marino, aquella gigantesca sierpe, de la que hablaran tantas veces pescadores y buceadores de las costas bretonas, sin que muchos de tierra adentro prestasen el menor crédito a las leyendas y a los temores de la gente del mar.
Ahora él mismo plantaba cara a un fabuloso reptil marino. Y sin grandes esperanzas, evidentemente, de salir airoso de su cometido, harto ridículo en apariencia, ya que sus fuerzas físicas nada podrían contra aquel coloso de las profundidades...
Kornak el Sajón alcanzó el cuerpo enorme, cilíndrico, reptante, que coleaba en las revueltas aguas, destrozándolo todo con su culebreo demoledor. Las fauces del animal, ávidas, se dirigieron hacia él. Una sustancia densa y amarillenta flotó en el agua, al escapar de entre sus colmillos la baba repulsiva del monstruo...
Kornak dominó sus náuseas, y eludió la feroz dentellada del animal, que se perdió en las aguas, entre tumultuoso estallido de espuma, de burbujas que golpeaban como peñascos.
Logró situarse en el lomo del animal, no lejos de su erizada espina membranosa, y sus manos vigorosas, auténticos manojos de nervios, músculos y tendones de acero, aferraron aquella parte de las aletas potentes del animal. Sus dedos forcejearon en el tejido animal, desgarrándolo de modo brutal, entre dos espinas erguidas, como si fuese una simple tela, resbaladiza y vidriosa.
El bramido de la bestia, al sentir desgarrada la aleta de su lomo por la fuerza física, fue aterrador, y convulsionó las aguas en torno. Al mismo tiempo, un rabioso culebreo agitó al animal, y lanzó a Kornak dando tumbos por entre raudales de agua removida.
El monstruo buscó a su enemigo para destruirlo de una vez por todas. Una sustancia oscura brotaba ya de su herida en el lomo. Pero Kornak mismo sabía lo poco que podría influir su momentánea victoria en el resultado final de aquella pugna tan desigual, en la que él nada tenía que hacer, desgraciadamente.
Aun así, siguió luchando, bien seguro de que no podía alcanzar otra cosa que la muerte ante la bestia marina. Se precipitó ahora en una zambullida hacia las profundidades, perseguido por el monstruoso animal, en cuyos ojos gigantescos brillaba la ferocidad, el afán de venganza en el que había dañado su cuerpo.
El guerrero alcanzó un denso macizo de algas, por el que se filtró,

rápido, eludiendo una dentellada de muerte, que desgarró la vegetación marina, sin alcanzarle. Fragmentos de algas y corales, desgarrados por los colmillos de la sierpe, flotaron por encima de su cabeza rubia, nublando la visión de sus ojos abiertos, que podían ver en las profundidades como si fuese un auténtico pez. A cada inspiración suya, seguía la expulsión de aire yagua. Sus branquias le permitían acumular el oxígeno extraído del agua, y se movía por ésta con una libertad de movimientos, una ligereza y una elasticidad realmente maravillosas.
Un coletazo del monstruo le alcanzó de repente al abandonar el boscaje de algas, y le produjo el efecto de un estallido dentro del cuerpo. El enorme trallazo tenía fuerza eléctrica, y su cuerpo, agitado por espasmos, volteó en las aguas, en medio del aturdimiento provocado por el feroz impacto.
Se sintió más cerca que nunca de la muerte, de la derrota final. Y sobre todo, cuando aún indefenso, torpe, medio inconsciente, se vio venir encima la enorme mole del monstruo submarino, maligno y cruel de expresión, dispuesto a rematarlo sin piedad...
Kornak el Sajón supo entonces que todo estaba a punto de terminar sin remedio.

* * *

—¡Aquí, extranjero! ¡Aquí, pronto!
Kornak, dando volteretas entre riadas de burbujas marinas, no lejos del monstruo, dirigió una vaga mirada en derredor, cuando la voz del ser viviente le llegó, nítida y clara a través de las ondas marinas, como si soñara en pleno aire libre, allá en la superficie.
Reconoció a Tritón, el servidor fiel de Sirenia, la hermosa mujer-pez de Oceanland. Y sobre todo reconoció lo que llevaba consigo, cabalgando en una especie de arácnido de mar, grande y blindado, de rápido desplazamiento en las aguas.
Le tendía dos objetos familiares, dos objetos con los que ya no soñaba siquiera, dándolos definitivamente por perdidos.
¡La espada de fuego y el escudo del Dragón!
—¡Oh, cielos, sería demasiado hermoso...! —jadeó, eludiendo con vigorosas brazadas el ataque de su temible enemigo, fortalecido por la visión de aquellos preciados objetos—. Con ellos sí podría salir triunfante y salvar quizá a estas gentes que me dieron cobijo, vida y ayuda...
Nadó hacia Tritón, que agitaba ambos elementos de combate en sus manos, sin entender muy bien para qué podían servir en tan desigual batalla, pero convencido de que Kornak se sentiría con ellos mucho más seguro de sí y de sus fuerzas.
Alcanzó al servidor de Sirenia, pese al nuevo coletazo del monstruo,

que si le alcanza le hubiera partido irremisiblemente en dos, como partió un enorme peñasco submarino, entre campos de algas, no lejos de la destrozada cúpula cristalina de la ciudad de las profundidades.

—¿Era esto, extranjero? —preguntó Tritón, tendiéndole escudo y espada.

—Sí, mi amigo —afirmó Kornak, radiante—. Era esto...

Y su mano diestra se cerró, firme, en torno a la empuñadura plateada de la espada flamígera.

Y su brazo zurdo aferró las bandas interiores del escudo en el que brillaba, escarlata, la silueta del dragón de su emblema actual de caballero sajón.

Con ello, como un titán poseedor de mágicas fuerzas, se precipitó de nuevo hacia la sierpe, cuando ya ésta prestaba su atención sanguinaria a un grupo de aislados habitantes de Oceanland, víctimas propicias de su ferocidad.

Kornak se interpuso, enarbolando la espada entre sus dedos de acero, sujetando contra su cuerpo la protección oval de su escudo...

—¡Ahora veremos tu poderío, monstruo maldito! —rugió, cayendo sobre la sierpe, que le contempló con indiferencia, segura de su triunfo. Las gentes, asombradas, vieron al suicida, sin creer posible que un hombre se lanzase, tan decidido, a morir sin remedio.

Pero Kornak sabía que no podía morir ahora, dueño del Escudo Invulnerable, puesto al servicio y defensa ahora de gentes inocentes, que no poseían medios para luchar por sus vidas en peligro.

La fe, el valor y el espíritu de sacrificio, en defensa de los demás, eran los móviles que guiaban al que fuera esclavo. El flamante caballero cumplía así con las normas de la caballería. Y el ritual de sus armas mágicas se cumplía.

La sierpe atacó, abriendo sus fauces de nuevo. Kornak se precipitó hacia la sima babeante y hedionda, sin temor alguno. Los colmillos gigantescos chocaron con el metal de su escudo, despidiendo chispas.

La espada flamígera, en su mano, se convirtió en extraña, fulgurante antorcha de fuego, allá en las profundidades marinas. Y su fuego llameó en la boca del monstruo, abrasando su garganta, su paladar, su cuerpo todo.

El bramido ahora resultó alucinante, ensordecedor.

Los coletazos de la fiera se hicieron espasmódicos, y de su boca desgarrada brotó abundante sangre oscura, ennegreciendo las aguas en torno.

Kornak no vaciló en descargar golpe tras golpe ahora. Era un duelo a muerte, y dejar malherido al animal era poner en peligro inminente otras vidas, a las que el monstruo, enfurecido por el dolor, atacaría despiadadamente.

No podía tener piedad con la bestia. Y no la tuvo. Los golpes de mandoble de su llameante espada alcanzaron la piel amarillenta en varios puntos. Cada impacto marcaba un surco crepitante, donde bullía la sangre, se desgarraba la piel y aparecían trozos abrasados de su carne fibrosa. Cada golpe, a su vez, era acogido con coletazos de agonía. El monstruo lanzaba dentelladas al vacío, o disparaba su cola furiosamente, en un vano empeño por alcanzar a su pequeño pero terrible adversario.
Kornak, de ese modo, subió de nuevo, buceando como un pez, hasta su enorme cráneo. Esta vez, los impactos de su espada mágica cayeron sobre los ojos del animal. Reventaron los globos malévolos de la bestia marina. El alarido de ésta, al hundirse en la ceguera, fue estremecedor.
Luego, implacable, cegado su enemigo, inerme ya a todo ataque, Kornak se precipitó sobre su cabeza y allí hundió la espada, entre llameantes chisporroteos azules.
Con un bramido final, largo y lastimero, la sierpe se desmoronó, flotando sin vida en las aguas donde hasta entonces fuera el terror de todos los demás.
Cansado, pero satisfecho, radiante por su victoria, Kornak el Sajón descendió de regreso a Oceanland. El peligro había cesado.
Como otra vez ante el dragón del Caballero Púrpura, allá en la superficie, Kornak había vencido al monstruo.

CAPÍTULO III

—¿Cómo podremos pagarte tan señalado favor, Kornak?
—¿Pagarme? No habléis así, Sirenia. Me pagasteis sobradamente en un principio, antes de que yo pudiera hacer nada por vosotros, devolviéndome la vida y concediéndome la facultad de ser el primer humano terrestre que viva en las aguas sin dificultades. Creo que eso, el ser mis amigos, el acogerme amistosa y noblemente, es ya demasiado para que un caballero pueda olvidarlo sin sentir su enorme deuda de gratitud para con sus benefactores.
—Deuda que se ha saldado cumplidamente. Te debemos todos la vida, Kornak, bien lo sabes.
—Olvidadlo, entonces. Fue una lucha afortunada. Tritón, vuestro amigo, encontró el escudo y la espada. Eso es suficiente para mí. Mis más preciadas armas. Aquellas con las que pude vencer a todo peligro. Algo que me fue robado, aprovechando mis debilidades de hombre... y que prometo no volver a perder mientras viva.
—¿Tan maravillosas son tu espada y tu coraza, Kornak? —sonrió Sirenia.
—Todo lo pueden, Sirenia. Con ellas soy invulnerable; ya lo visteis

ante la sierpe.
—Cierto, pero yo creo que la fuerza del que lucha estriba en sí mismo, en su fe y su voluntad, por encima de todas las armas existentes.
—Es posible. Sólo que esa fe y esa voluntad no bastan a veces, cuando el adversario es demasiado poderoso. Entonces hace falta tener algo capaz de igualar la contienda. Ese escudo, por ejemplo. Y esa espada. Fueron armas que defendían al Mal y a la hechicería perversa. Por eso fracasaron a su servicio. Ahora prometo utilizarlas solamente en defensa de los débiles, de los oprimidos, de los que necesitan mi brazo para sobrevivir. Defendiendo las cosas buenas de todos los seres vivos e inteligentes, sean de mi mundo o de otro lejano como el tuyo, donde la alquimia es tecnología y donde la magia es ciencia, Sirenia, mi señora.
—Estoy segura de que serás siempre un gran caballero, aquí o en otro lugar, Kornak, mi fiel amigo.
—Es mi deseo y mi voluntad. Nací guerrero, me hicieron esclavo, y juré llegar a ser todo un caballero. Claro que falta que el propio rey Arturo, en Camelot, me dé la investidura de caballero en una ceremonia solemne, pero...
—Tu rey y tu mundo... —sonrió Sirenia, con cierta tristeza. Inclinó la cabeza—. Imagino que empiezas a añorar todo eso, ¿no es cierto, Kornak?
—Sí, mi señora. He nacido al aire libre. Es maravilloso sentirse como un pez pero mi mundo es otro. De aire, de luz, de pájaros, de bosques y ciudades bajo el sol o las estrellas. Tendré que volver, a fin de cuentas.
—Volver... Claro, Kornak. Te entiendo muy bien. No se puede ir contra el destino de los hombres. No voy a poner dificultades a ese natural deseo tuyo. Sólo espero que aún nos honres con tu presencia una sola fecha, como invitado nuestro, y luego vuelve a la superficie, a continuar tu vida entre los tuyos.
—Así lo haré, Sirenia. Te prometo gozar de tu hospitalidad por ese tiempo, e incluso más, si os sentís complacidos en mi compañía. Luego regresaré al exterior. No sé aún cómo explicar lo sucedido, ni cómo me acogerán. Creo que el hombre con quien luché en el acantilado era importante. Llevaba armas reales en su peto... Quizá tenga dificultades con el rey Arturo, pero debo referirle toda la verdad y afrontar mis responsabilidades.
—¿Toda la verdad? —dudó Sirenia—. ¿Incluso... tu permanencia aquí, tu actual condición de hombre anfibio?
—También eso, Sirenia. Un caballero no debe ocultar jamás la verdad, ni mentir, a menos que ello vaya en beneficio de una causa noble y justa.
—Por lo que me has contado de tu época actual en este planeta, por

lo que nosotros mismos hemos podido observar, Kornak, me parece que tus gentes no están lo suficientemente preparadas para ciertas cosas. Para ellos, la ciencia sería brujería, y la técnica, alquimia de hechiceros y de gentes diabólicas. Podrían... incluso quemarte vivo, por brujo. ¿Lo has pensado?
—Sí, lo he pensado. —Kornak paseó por la estancia de la ciudad submarina, en vías de reparación tras el ataque de la sierpe—. Sé lo que quieres decir. Hay ignorancia, oscuridad y miedo en mi mundo. Es una época que pasará, y la gente se hará más inteligente y más imaginativa, estoy seguro. Llegarán a dominar máquinas prodigiosas como las vuestras, a establecer contacto con seres de otros mundos. Pero falta mucho para eso. Vivimos en un tiempo intermedio entre la Prehistoria y un futuro maravilloso. Yo lo entiendo. Ellos no lo entenderán, ni siquiera los más inteligentes y cultos caballeros de Camelot. No es mi mérito, lo sé. Me habéis inculcado en mi cerebro conocimientos e ideas que antes no poseía. Va a serme difícil convivir con las costumbres de mi gente, allá arriba. Va a resultar duro leer a la luz de un candelabro o de un hachón de madera resinosa, en un lóbrego castillo, después de conocer esa luminosidad que brota de muros y techos, en vuestra maravillosa ciudad submarina; pero yo nací en ese mundo, y a él me debo, me guste o no. Procuraré olvidar.... aunque no creo que lo logre nunca de un modo total. Sirenia, amiga mía...
Había extendido una mano afectuosa. Tomó la suave piel de la mano de Sirenia y ella se estremeció. La epidermis de la bella de las profundidades era sedosa, suavísima, como seda o como terciopelo. Su palidez azulina resultaba hermosa, igual que el color celeste de sus ojos, llenos de la profundidad insondable de los mares donde naciera.
Ella desvió su mirada, con un raro estremecimiento de todo su cuerpo virginal, de criatura humana nacida en un mundo acuático. Las escamas delgadas y sensibles que formaban su cabello brillaban como escarcha húmeda, e incluso le daban un aspecto más exótico y bello que una cabellera real.
—Kornak, no, te lo ruego... —musitó.
—No... ¿qué? —indagó él, sorprendido, enarcando las cejas.
—Este roce, este contacto... Me hace mucho daño.
—¿Daño? —susurró él, perplejo—. Apenas si te rocé. ¿Tan sensible eres?
—No es dolor físico el que me causas, sino de otra naturaleza. Los seres de mi mundo, Kornak, también sabemos... amar.
—Amar...
—Sí. Kornak. Y sería tan fácil amarte a ti... Eres fuerte, hermoso, arrogante, noble y generoso... Muy fácil sentirse atraída por ti. Kornak.

Y eso... no debe ser. Hemos de separarnos mañana. Para siempre. Será mejor hacerla sólo como amigos... sin sentir nada especial el uno por el otro. Sé que tú jamás verás en mí a una mujer verdadera, sino a alguien mitad mujer, mitad pez. Como las sirenas de vuestras leyendas marinas. Pero yo... yo sí puedo amarte en seguida, Kornak. ¡Y no quiero amar un imposible lejano!

Se desprendió bruscamente de él, y se apartó, alejándose por los luminiscentes corredores de la ciudad sumergida.

Kornak, pensativo, repentinamente ensombrecido su rubio semblante sajón, se quedó preocupado por lo que acababa de descubrir.

* * *

La cena de despedida fue una maravillosa cena. Sirenia y sus amigos de las profundidades hicieron lo imposible por convertir en grata y amable la velada última de Kornak en las simas marinas. Así, la mesa abundaba en vinos extraños y dulzones, extraídos de plantas marinas. Manjares exquisitos, hechos de pescados exóticos, de las profundidades, y vegetales no soñados nunca por el paladar de los hombres del mundo exterior, se combinaban en platos y fuentes, ofreciendo una variedad de apariencias y de sabores realmente deliciosa.

La música electrónica era suave y melodiosa, las fuentes de colores lanzaban chorros de agua a presión, cambiante. Y un sistema de espectáculo que Kornak nunca pudo imaginar que existiera, consistente en unas danzas, bailes y canciones transmitidas en color y relieve, a través de unas grandes pantallas visoras incrustadas en los muros cristalinos, completaban la velada regia.

Tras los frutos de mar, se sirvieron dulces platos con vinos euforizantes. Kornak saboreó todo ello junto a Sirenia, la regente de aquellos seres de las profundidades, de los que el sajón, curioso, quiso saber más detalles, antes de abandonarlos para siempre.

—Sirenia, hay tantas cosas que aún ignoro de vosotros... —murmuró.

—Vale más ignorar muchas cosas. Kornak. Después de todo, vas a dejarnos pronto. Mañana estarás de nuevo en la superficie, bajo ese sol y ese cielo del color de los mares profundos. ¿Qué te importamos nosotros entonces?

—Tal vez mucho. Contemplaré toda mi vida la superficie de las aguas, y me diré: «Ahí, en alguna parte... estarán ellos ahora. Y Sirenia con sus gentes maravillosas, en su mundo nunca soñado... »

—No estés muy seguro de eso. Kornak.

—¿De recordaras? Tienes mi palabra. Esto no se olvida fácilmente...

—No. no hablaba de eso. No debes estar seguro de que sigamos aquí por mucho tiempo.

—¿No? —Kornak la miró mientras saboreaba un racimo de curiosas

uvas plateadas, fruto de las zonas abisales adonde nadie llegó jamás —. ¿Por qué. Sirenia?
—Recuerda que si tú eres un extraño entre nosotros... también nosotros mismos lo somos en vuestro planeta.
—Oh, entiendo. Añoráis vuestro propio mundo...
—¿Añorarlo? —Ella dudó, indecisa. Sacudió su bella cabeza azulina —. No sé... Hay pocas cosas hermosas que recordar de allí en estos momentos. No. no es un mundo amable el mío. No ahora, cuando menos, Kornak.
—No lo entiendo.
—Es largo de referir —suspiró ella, entornando sus ojos azules, tras las sedasas pestañas que parecían como hebras de plata azul—. Nosotros. Kornak, caímos en tu planeta con una nave intergaláctica, ya te lo referí antes. Pero eso no es todo. Sólo es parte de la historia. No vinimos por nuestro gusto. No viajábamos por placer ni por conquistar otros planetas o aposentarnos en ellos.
—¿ Entonces...?
—Simplemente.... huíamos, Kornak.
—Huíais... —repitió el sajón, sorprendido—. ¿De qué, de quién, Sirenia?
—De nuestro propio planeta. Era una fuga desesperada. Una evasión para sobrevivir, para seguir siendo libres, dueños de nuestros destinos. Un planeta azul apareció en nuestra ruta. Su análisis espectográfico nos reveló que era rico en agua. Que las profundidades marinas eran acogedoras para nosotros. Entonces descendimos, nos aposentamos aquí, rehaciendo nuestra civilización, nuestra vida misma..., lejos del hogar.
—Lejos del hogar... Sirenia, todo el mundo añora su hogar, después de todo, por pobre y miserable que sea.
—Lo sé. Yo también añoro mi mundo. Y mis gentes lo recuerdan con dolor, pero... es imposible el regreso.
—Imposible... , ¿por qué? ¿No existen medios de regresar?
—Aunque los hubiera, nunca los utilizaríamos. La razón de nuestra fuga existe aún.
—Entiendo. Escapasteis de algo malo que sucedió allí...
—De lo peor que puede suceder a un mundo inteligente, sensible y noble. Tú, que eres caballero, entenderás eso, Kornak. El Mal... El Mal está en todas partes. En el universo todo. En nuestro planeta no hay excepción tampoco.
—El Mal... —Dejó los frutos, tomó otro sorbo del extraño vino—. Sirenia, ¿puedo preguntarte qué... qué clase de Mal tenéis allá, en vuestro lejano planeta?
—No quiero hablar de ello —rechazó Sirenia, con un escalofrío. Parecía asustada, por primera vez, ante la sola mención o el recuerdo

de algo pavoroso. Sólo referirse a ello... puede ser un mal presagio. Tengo miedo, Kornak. Tengo miedo, no, puedo remediarlo.
—¿Miedo? ¿A un mal que dista millones de millas de este fondo marino? —dudó él, escéptico.
—Para el Mal no existen distancias. Y menos para... para ese mal. Durante mucho tiempo de nuestra vida hemos permanecido en paz, sin pensar en ello. Últimamente he sentido a veces una rara inquietud, la certidumbre de que «algo» puede suceder en cualquier momento... Algo horrible, espantoso para todos nosotros.
—¿Cómo qué, Sirenia? —seguía siendo escéptico el tono de Kornak.
—Vale más que no lo sepas —sacudió ella la cabeza negativamente, con un horror indefinible reflejado en sus hermosos ojos marinos.
—¿Por qué no, Sirenia? Yo no tengo motivos para temer aquello que tú temes...
Ella le miró, estremecida. Su voz sonó ahogada, temblorosa:
—Todo ser viviente tiene motivos para temer aquello que un día puede extenderse por todo el universo como una nefasta y terrible mancha de horror, de muerte y de caos...
—Casi me impresionas —sonrió Kornak, tomando otro trago de vino —. Yo no... Se detuvo, sorprendido. Sirenia había abierto mucho sus ojos enigmáticos. El terror se hizo más latente en ella. Algo sucedía.
En los muros de vidrio, la imagen placentera se había extinguido de repente. No había bailarinas, instrumentos musicales, cantantes ni vistas subacuáticas de bellísimo color y relieve. En vez de ello, un zumbido intenso, continuado. Y una serie de rayas, como interferencias, cruzando las grandes pantallas visoras.
Las personas asistentes al banquete real de Sirenia, la regente hermosa de los acuáticos de Oceanland, se había incorporado, con una repentina palidez. Kornak pudo ver las expresiones preocupadas o medrosas de Aquar, Algar, el científico; el fiel Tritón y otros de los presentes.
Las luces oscilaron, parpadeantes. Kornak se puso de rodillas sobre los cómodos cojines en que se aposentara para el banquete. Aferró su escudo y su espada, que reposaban junto a él.
—¿Qué es eso? —indagó—. ¿Otra sierpe marina ataca la ciudad?
—No —negó roncamente ella—. No es ninguna sierpe esta vez.
—¿Entonces...?
—Es algo mil veces peor, Kornak. —La mirada de Sirenia, al fijarse en él revelaba pánico auténtico. En torno había un silencio tenso y amedrentado, en el que el zumbido extraño del televisor gigante resultaba aún más agrio y molesto—. Dios quiera que no sea lo que yo temo, pero…
—Acaba, ¿Qué imaginas, Sirenia? —se puso en pie, vibrantes sus potentes músculos de guerrero. Cubrió su torso con el escudo del

Dragón, y enarboló la espada de metal, que se convertía en llameante filo cuando golpeaba a sus enemigos.
—Lo peor —susurró ella.
—Acaso... ¿Acaso lo que antes mencionaste? —pestañeó Kornak, aturdido.
—Sí, amigo mío.
—Pero... ¿Pero qué diablos puede ser esa «cosa» o... lo que sea, para asustar tanto a una mujer como tú, Sirenia?
—Lo más horrendo imaginable, Kornak. Algo contra lo que ni siquiera tu espada o tu escudo de caballero del Dragón podría nada en absoluto.
—¡No es cierto! —rechazó el sajón, con un poderoso movimiento de cabeza—. ¡No puedo creerlo! ¡Mi escudo y mi espada vencen a todo lo que simbolice al Mal, sea como sea y venga de donde venga!
—No a Elex, Kornak.
—¿Elex? ¿Quién es?
—Mejor deberías preguntar... qué es.
—Bien. ¿Qué es? —se exasperó el guerrero sajón.
Ella no llegó a responderle. Las luces, con un parpadeo súbito, se extinguieron. Todo quedó en una penumbra azulada, sólo producida por la pantalla visora sin imagen. La gente emitió gritos de terror. En alguna parte cesó todo sonido. Kornak supo que las grandes computadoras electrónicas que mantenían la vida, la luz y el ritmo vital dentro de Oceanland acababan de detenerse.
Una voz extraña, fantástica, remota y a la vez próxima, pareció retumbar dentro de su cabeza, dándole respuesta a la pregunta que aún flotaba en el aire:
—Tú, humanoide, preguntaste qué era Elex... —resonó la voz increíble en su bóveda craneal—. Bien, mira ante ti. Mira a esa pantalla... ¡Yo soy Elex... y tu poder nada es para mí!
Kornak se volvió, enarbolando su escudo y su espada flamígera. En la pantalla visora, repentinamente, se hizo luz e imagen. Una imagen pavorosa, aterradora, que arrancó un alarido colectivo, escalofriante, y provocó la fuga en masa de todos los comensales, derribando la mesa, los manjares, las bebidas, cuyos recipientes frágiles se hacían añicos en el suelo...
Kornak vio «aquello» en la pantalla. Luego, junto a él, Sirenia emitió un grito agudo de terror y se desvaneció en sus brazos.
Inmediatamente, algo parecido a una brutal, devastadora descarga eléctrica, alcanzó el cerebro de Komak y pareció reventar dentro de él toda su masa encefálica, sus ideas, pensamientos y emociones.
Se hundió en una negrura total, absoluta, de inconsciencia sin fin, con la sola imagen de Elex invadiendo de horrores su mente...

TERCER POEMA
MAGIA CÓSMICA

CAPÍTULO PRIMERO

Era una infinita extensión llana. Vidriosa, tersa, como artificial.
Sin árboles, sin vegetación, sin luz ni formas, salvo aquella superficie lisa, cristalina, dura y fría, rígida como un cuerpo geométrico flotando en alguna zona sin dimensiones.
Kornak el Sajón avanzó por aquella infinita extensión como un desierto artificioso. Sus pies rozaban sin apenas sonido el suelo negro, como cristal de ónix o de azabache. Sus botas de piel, con vuelta de terciopelo rojo, eran un calzado suave. Pero aun así, debieron emitir más ruido que el que producían. Era como si tampoco hubiese sonidos en aquella llanura lineal y angustiosa, sin cielo ni colores.
Encima de él, la masa celeste era negra, sin astros ni soles. No había nada ni nadie en derredor. Llevaba consigo su escudo y su espada. Pero no había tampoco enemigos con los que enfrentarse.
Nada. Nadie. Vacío, silencio, soledad, oscuridad. Eso era todo.
Kornak, pese a ello, avanzó como sonámbulo. Era un extraño despertar en un extraño paraje que no se parecía en nada a su mundo, ni al mundo submarino. Se sentía como a distancias siderales de la corte del rey Arturo, de Camelot, del siglo VI de la Era Cristiana...
No recordaba mucho. Sólo el mar, las profundidades,
Sirenia, las gentes huyendo, gritos de terror... y una imagen.
Se detuvo, estremeciéndose. Sí. Ahora sí recordaba. Una imagen pavorosa, sin precedentes. Algo que ni siquiera era humano ni podía serlo, pero que tampoco era máquina. No hubiera sabido decir qué era. Sólo que si «aquello» era Elex, el Poder del Mal en un mundo remoto de donde llegaron los acuáticos estaba justificado todo terror.
Siguió caminando, inexorable como el destino. Sin hallar nada a su paso. Sin sentir a nadie cerca o lejos. Sin que la monotonía geométrica del lugar alucinante cambiase en absoluto. Se contempló, reflejado en la superficie espejeante, negra, casi metálica, de aquella llanura ignota.
—Kornak, ¿dónde te encuentras ahora, y qué va a ser de ti? —susurró, hablando consigo mismo—. Ni siquiera tienes a qué enfrentarte, con quién luchar... Tu escudo y tu espada resultan tan inútiles como simples palomas...
¡Palomas! ¿Qué era aquello?
Repentinamente, habían huido de sus manos escudo y espada..., ¡convertidos en palomas!

Aves azules que remontaron el vuelo, burlonas, alejándose de sus manos, repentinamente abiertas, desnudas, extendiendo inútilmente los dedos vados al negro abismo de la noche sin formas.
—¡Volved! —rugió—. ¡Volved! ¡Esto es una locura! ¡Las armas no se transforman en aves..., a menos que exista la hechicería, la magia de los brujos malvados! ¡Oh, poderoso Merlín, yo invoco tu poder para que ayudes a este caballero del rey Arturo en sus dificultades ante el poder del mal y ante la magia negra de los alquimistas!
No ocurrió nada. Su voz se perdía, blanda y sorda, en el silencio. Sin ecos, sin resonancia, Se oía a sí mismo, pero estaba seguro de que sus sonidos vocales se perdían, en aquel mundo demoníaco, que parecía estar más allá de la luz, más allá del silencio.
Cayó de rodillas, exasperado, furioso. De las azules palomas en que se convirtieron sus armas, ni el menor rastro. Estaba solo e indefenso frente a la nada, en un lugar que no parecía ser ningún sitio.
—Si al menos tuviera algo o alguien con quien luchar... —jadeó—. ¡Alguna forma viva...!
Otra vez se materializaron sus pensamientos, Allá, en la negra noche, algo se formó, y flotó, acercándose a él.
Formas vivas, sí..., pero... ¡qué formas!
Simples poliedros, cubos, objetos como diamantes tallados, de una materia blanda y cristalina, sin reflejos. Cuerpos geométricos flotantes... ¡que mostraron rostros malvados, ojos malignos, abiertos en sus facetas tersas, al flotar, como en un ballet siniestro, en torno de él, en el negro vacío!
—¡Ah, malditos!... —jadeó, manoteando en vano, porque aquellas formas se agitaban, bailoteando y alejándose de él, cuando quería darles alcance—. ¡Malditos entes de ficción, obra de la hechicería! ¡Todo esto es falso, no existe sino en mi mente embrujada por la magia de los brujos malignos! ¡Alquimia, magia, encantamiento!...
Los poliedros parecían reír, emitiendo un sonido de tristes instrumentos de cuerda, como risa o llanto. Luego cayeron sobre él, y Kornak sintió en su epidermis quemaduras, aguijonazos dolorosos, de los que no podía defenderse, pese a luchar rabiosamente, a brazo partido, con aquellas formas de fría, rígida y dura superficie insensible a sus golpes...
Cayó dando tumbos por el suelo, indefenso ante aquel ataque extraño y malévolo. Luego, tan bruscamente como surgieron, los poliedros se alejaron, sumergiéndose en la negrura. Kornak se vio solo, abatido, con quemaduras y llagas en su piel broncínea. Abandonado de nuevo en la llanura geométrica.
—¡Dios mío...! —jadeó—. Ahora empiezo a entender...
Magia, brujería, encantamientos... No, no es eso. Es otra magia, otra clase de brujería. Ellos... Ellos la llamaban ciencia, técnica...

Tecnología avanzada, electrónica y todas esas cosas maravillosas de los acuáticos de otro planeta... Esa es la clase de magia a la que me estoy enfrentando. Aquí nada podría Merlín, ni sus invocaciones ni sus filtros mágicos...
Se incorporó, fatigado. Miró en derredor, sin descubrir nada que rompiera la monocorde frialdad del paisaje yerto. Cerró sus puños, exasperado.
—Voy entendiendo... —musitó—. Por eso las armas nada pueden... Ese ser, esa... «cosa», domina fuerzas científicas, técnicas misteriosas para mí. ¡Pobre caballero del Dragón, con su invencible escudo y su espada prodigiosa! ¡Qué pequeño y miserable se te ve, orgulloso Kornak, enfrentado a poderes con los que tú, necio sajón presuntuoso, jamás soñaste!
Y rompió a reír como un demente, caminando sin cesar, burlándose de sí mismo, despreciándose por aquel orgullo que una fuerza superior había roto en mil pedazos con cruel deleite.
Algo más allá, como una respuesta del negro silencio, encontrose en el suelo cristalino de la llanura artificial su escudo y su espada. Lo contempló todo, despectivamente. Pero se inclinó a recogerlo, porque un guerrero se siente más fuerte con un escudo y un arma, aunque éstos no sirvan para nada ante cierta clase de fuerzas enemigas...
—Dios, y ahora... ¿qué? —susurró, echando a andar nuevamente, sin rumbo fijo, sin tener a dónde ir ni saber de dónde venía exactamente.
Poco más allá, el cansancio y la ira le vencieron.
Cayó al suelo frío y negro. Sacudió la cabeza. Sintió sueño. Apoyó su dorado cabello en el escudo con el rojo dragón. Y se durmió.

* * *

—Kornak, muchacho..., ¿se encuentra bien?
—¿Eh? ¿Qué...? —despertó, se frotó los ojos, contempló a su compañero, inclinado sobre él. Le reconoció dificultosamente—. ¡Tritón!
—Yo mismo, amigo mío —sonrió tristemente el acuático—. Veo que tu cerebro no resultó demasiado afectado, a pesar de tus risas... y de las huellas de tortura en la piel.
—¿Risas..., tortura? —preguntó Kornak, sin entender.
—Esas señales... —mostró su epidermis Tritón—. Míralas. Son quemaduras, ampollas...
—Oh, esto... —Kornak se contempló los brazos, torso y piernas, cubiertos de señales de aguijonazos y quemaduras. Recordó a los malignos cuerpos geométricos—. Creí por un momento haberlo soñado simplemente...
—Y lo soñaste, sin duda —musitó Tritón.
—¿Cómo? —Kornak se tocó la piel, y emitió una leve queja—.

Cuando se sueña, no se hace realidad el dolor.
—Sin embargo, dormías aquÍ, a mi lado, mientras reías, gritabas o te quejabas, en plena pesadilla —suspiró Tritón—. En ningún momento te ausentaste de esta celda.
—¿Celda? —Kornak miró en derredor, al recinto esférico, enloquecedor, de oscuros muros lisos, donde se hallaban encerrados.
—Eso dije. Estamos prisioneros. Y soñaste. Sólo que tus sueños fueron en parte realidad. Eso forma parte de sus poderes...
—¿Poderes? ¿Los de quién, Tritón?
—Los de Elex, naturalmente. Ese monstruo de maldad y poder... Te demostró su fuerza con un simple sueño en el que te hizo viajar a alguna parte, física y mentalmente. Sentiste dolor, emociones, luchaste contra algo... Te agitabas en sueños, hablabas. No te moviste de aquí ni un solo instante. Pero yo vi aparecer esas quemaduras y esas ampollas en tu piel.
—Imposible... Yo estaba realmente en un mundo geométrico y extraño, donde ocurrían cosas increíbles...
—No, Kornak. No estabas en ninguna parte, salvo de un modo mental. Y aun así fuiste herido, dañado... Eso te prueba su poder.
—¿Tanta es su fuerza?
—Tiene toda la fuerza del universo, Kornak.
—Sólo estuvo... como jugando conmigo —contempló, absorto, su escudo de dragón, su espada, que le acompañaban allí, en la celda. Como un desafío más del poder oculto y fantástico, para probarle qué poco servían ante sus fuerzas aquellas simples armas medievales.
—Sí, algo así. Le gusta jugar con seres, con vidas y civilizaciones, como si fuese algo divertido. Ahora comprenderás los terrores de Sirenia...
—¡Sirenia! —se inquietó bruscamente Gornak—. ¿Dónde está ella ahora?
—No lo sé, amigo —se encogió de hombros el acuático, con una expresión de perplejidad y angustia en su rostro azulado, levemente escamoso—. Su suerte no puede ser mejor que la nuestra. Y sí mucho peor. Ella... Ella es el principal enemigo de Elex. La única que se permitió desafiar su poder, evadirse de su mundo en busca de paz...
—Al menos sí sabrás dónde estamos nosotros —murmuró Kornak, incorporándose y tocando los curvos muros de aquella especie de esfera en cuyo interior se hallaban cautivos el hombre de la superficie y el hombre de las profundidades, unidos en la adversidad.
—Pues... sí. Me temo que eso sí lo sé, Kornak.
—Acabemos. ¿Dónde nos metieron? ¿Qué celda es ésta? ¿Dentro o fuera de Oceanland? ¿En el fondo del mar o en la superficie?
Tritón miró extrañadamente a Kornak. Su respuesta resultó

completamente inesperada para el guerrero sajón. Tan inesperada como increíble.
—No, Kornak. Ni en el mar ni en la superficie. No estamos en Oceanland, Ni cerca de él. Sospecho que ahora estamos... en nuestro propio planeta, Kornak. A miles de millones de millas de tu mundo...
—Es... ¡Es imposible, Tritón! Deliras, sin duda.
—No deliro, Kornak. Sé lo que me digo —el acuático paseó por los curvos suelos de la esfera hermética—. Esto es mi propio mundo. Lo presiento. Puedo notarlo en mi naturaleza, en mis propias reacciones físicas y mentales.
—Pero... ¡Pero eso no tiene sentido! —protestó Kornak—. Viajar... a través de soles, estrellas, mundos. Acaso vosotros estéis capacitados para ello, pero yo. ¡Yo...!
—Todos estamos capacitados para desplazarnos al más remoto confín del universo, si Elex así lo desea. Recuerda que su poder es superior a cuanto conoces.
—Elex ... ¿Esa «cosa» puede mover gentes y mundos a placer?
—Exacto, Kornak. Nos buscó. Llegó a la Tierra. Descendió a los océanos y nos encontró. Lo demás era sencillo para él. Rotas nuestras defensas magnéticas por la sierpe marina, las reparaciones dejaron alguna fisura, y Elex captó las vibraciones de nuestra ciudad, de nuestra existencia.
—Vibraciones ¿Se pueden captar simplemente vibraciones y saber?
—La muralla magnética era precisamente para aislar Oceanland de toda señal que pudiera ser emitida al exterior. La sensibilidad fantástica de Elex y sus recursos ingentes, no lograba así detectamos. Cuando nos localizó, todo se perdió definitivamente. Nos hizo regresar y la razón para ello es obvia.
—¿Castigo? —sugirió Kornak.
—El más terrible de los castigos para nosotros —asintió sobriamente Tritón—. Somos convictos de evasión e intento de supervivencia lejos del poder de Elex. Eso significa la máxima pena de su ley.
—¿La muerte?
—La muerte... —susurró entre dientes Tritón—. Eso sería al menos un alivio, algo confortante y piadoso.
—¿Existe algo peor que la muerte, Tritón?
—Existe algo que es mil veces peor que la más lenta y dolorosa de las muertes, amigo mío. Ojalá no llegues a conocerlo por ti mismo... No eres uno de nosotros. Elex no tiene por qué vengarse en ti ni castigarte. No sé la suerte que te estará reservada, pero sabiendo su modo de pensar... no puede esperarse nada grato para ti tampoco.
—¿Pero esa... «cosa» piensa? —dudó Kornak, irritado. Algo parecido a un trallazo ardiente cruzó su cerebro. Se encogió, dolorido, y fue contra el curvo muro de su prisión, entre espasmos. Tritón le

contempló, compasiva su mirada, sin intentar ayudarle ni intervenir.
—¿Ves, Kornak? —susurró—. El oye, ve, piensa... y responde siempre. Esa es la prueba.
—No me asusta. Ni me domeña —cortó duramente Kornak, irguiéndose, rebelde. Miró al vacío, al aire que le rodeaba en aquella celda esférica—. ¡Escucha, Elex, estés donde estés! ¡Yo, Kornak, el Caballero del Dragón, no te temo ni me someto! ¡Acepto el dolor y la tortura, pero no reducirán mi rebeldía jamás! ¡Soy un hombre libre, con derecho a seguir siendo libre, y no tolero esclavitudes de nuevo! ¡Ni siquiera a ti, repugnante cosa maldita!
Hubo un silencio tenso, estupefacto. Tritón, muy pálido, miraba a Kornak, esperando algo, y no precisamente bueno. El desafío pareció encontrar el silencio más absoluto, por parte de «aquello» que pensaba, de aquel horror viviente que viera el sajón en la pantalla televisora de la ciudad sumergida, antes de hundirse en la inconsciencia y saltar a los espacios galácticos, según temía su compañero de cautiverio.
—Kornak, amigo mío... —gimió Tritón—. No tientes a tu propia fortuna... No sabes lo que dices. Es capaz de doblegar a millones como tú. Mental y físicamente, si se lo propone. Su poder anula la mente de los seres inteligentes. Puede inmovilizarte, o retorcerte de dolor. Puede convertirte en simple piltrafa o en una máquina inerme. Puede hacer contigo lo que desee, sin apenas esfuerzo.
—Sé que puede hacerlo —replicó Kornak, encajando sus mandíbulas con fiereza—. Pero creo que tu todopoderoso monstruo mental me ha entendido. Se ha dado cuenta de que puede hacerme añicos... sin domeñar mi orgullo y mi arrogancia. Sin vencer mi rebeldía de ser humano. Algo que, tal vez, nunca tuvo un acuático de este planeta.
—Rebeldía... —suspiró Tritón—. No sirve de nada si eres sometido o destruido.
—Te equivocas. Sirve para morir o sobrevivir con la seguridad de que has sido destruido, pero no vencido. Seguramente vuestro Elex está meditando algo ahora... Algo para doblegar esa rebelde soberbia mía, que sin duda le ha sorprendido.
Kornak aferró su espada y la llevó a su pecho. Sin vacilar, pasó el filo sobre el torso, dejando allí una humeante huella abrasada, de piel con olor a carne quemada. La sangre goteó, ante la lividez repentina de Tritón, que le miraba, aturdido.
—¿Qué haces? —gimió—. ¡Kornak, te estás abrasando, sangras, te torturas tú mismo! ¿Por qué?
Kornak sonrió, sin la más leve expresión de dolor en su rígido rostro de luchador implacable. Luego miró al vacío, donde sabía que «algo» le estaba mirando, desde invisibles zonas de aquel mundo diabólico.
—Mírame, Elex —silabeó—. El dolor que tú puedas causar a mi

cuerpo o a mi mente, puedo causármelo yo mismo sin pestañear ni quejarme. ¿Qué esperas hacer conmigo para hacerme sentir miedo de ti, yo que te desprecio y me burlo de tus poderes?
—¡No, Kornak, no le desafíes así! —gimió Tritón, asustado.
El silencio seguía denso en torno. No hubo reacción ostensible de Elex.
Luego, de súbito, en el muro curvo se deslizó un panel negro y liso, sin ruido. Una abertura apareció ante ellos. Más allá una rara luminiscencia verdosa.
—Kornak, puedes salir —tronó una voz, dentro del cerebro del guerrero—. Solamente tú puedes abandonar la celda. Hazlo.
Kornak y Tritón se miraron en silencio. Este, atónito, no daba crédito a cuanto veía.
—Hasta pronto, amigo mío —dijo Kornak, recogiendo altivo su escudo y su espada—. Nos veremos de nuevo.
Salió, majestuoso, arrogante, soberbio como una estatua de bronce, camino de alguna parte. Su figura se perdió en la luminiscencia verde del exterior. Silenciosamente, se cerró de nuevo el panel, y Tritón se quedó solo en la celda esférica.

CAPÍTULO II

Elex... Lo podía recordar bien. En su mente, la imagen vista un momento, allá en las profundidades marinas de su mundo, permanecía indeleblemente grabada.
Era la más horrenda imagen de un ser o «cosa» viviente que Kornak podía imaginar. Incluso ahora, ante él, se preguntaba si todo no formaba parte de una simple alucinación, de un juego de magia medieval, de encantamiento remoto, allá en los tiempos primitivos de su planeta, en la corte del rey Arturo.
—No —negó la voz, entendiendo el curso de sus pensamientos—. No estás viendo alucinaciones, Kornak. Soy yo, Elex. Yo mismo. Tal como me vistes y me ves. ¿Te causo horror acaso?
—No —negó Kornak el Sajón—. Sólo náuseas. No eres siquiera una criatura viviente. Eres sólo... una «cosa», un elemento indefinible y grotesco...
Elex se inmutó. No le gustaba ser despreciado. Quería ser temido, causar horror. En torno suyo centellearon descargas magnéticas. Su forma se distorsionó, haciéndose aún más horripilante. Era como un estallido de cólera eléctrica. Aquella «cosa» tembló, furiosa, desde el enorme cráneo envuelto en planchas metálicas curvadas, con ojos fosforescentes y vidriosos, redondos por completo, dotados de poliédricas pupilas multiformes, hasta los tentáculos rondantes de metal sobre los que se asentaba aquella especie de cabeza flotante,

sujeta por articulaciones y soportes mecánicos.
La mezcla de todo ello era un horror que no resultaba ser persona, cosa ni máquina en concreto. Pero que poseía un cerebro superdotado, conforme a su volumen, quizá unas veinte veces mayor que el de un humano, unos ojos taladrantes que actuaban a distancia, reflejando en las faceteadas pupilas vidriosas cientos de imágenes diversas y cambiantes como un calidoscopio fabuloso.
Y que en vez de miembros humanos, disponía de aquellos tentáculos mecánicos, al final de los cuales, docenas de teclas y resortes hacían funcionar el imperio electrónico más gigantesco jamás soñado.
Alrededor de la «cosa» o cerebro viviente, dotado de un rostro monstruoso, deforme, entre las envolturas metálicas que suplían los huesos de su cráneo millares de computadoras, memorias, lectores y sistemas de control remoto, convertían a Elex en un centro supremo de poder, al servicio de una mente siniestra, vengativa y feroz.
Ese era el gran poder mencionado por Sirenia. Incluso los avanzados acuáticos de Oceanland eran como niños indefensos ante aquel poder fabuloso, acumulado en torno a un monstruo.
—De modo que ésta es tu fuerza, Elex —susurró Komak, contemplando las máquinas poderosas.
—Esta sí —declaró la voz mental de aquel rostro sin boca, retumbando dentro del cerebro de Kornak—. ¿Imaginaste alguna vez algo semejante, guerrero?
—No. Es difícil imaginario, cuando se pertenece a mundos tan diferentes, épocas tan lejanas entre sí, mentalidades tan diversas y antagónicas... —Kornak sonrió, pensativo—. Tiene gracia. Hace poco tiempo hubiera enloquecido al enfrentarme a algo así. Yo, un simple esclavo sajón, allá en mi planeta, en una época en que toda la luz procede de unos trozos de sebo o de unas maderas grasientas, en que todo medio de transporte se cifra en unas ruedas chirriantes y las patas de unos animales... estoy ahora aquí, donde una mente suprema controla mundos, gentes, civilizaciones... sólo apretando unos resortes. Donde todo es posible, con la magia más increíble de todas: La Ciencia.
—Sé cómo es tu mundo y tu tiempo, guerrero —declaró la voz mental de Elex—. Me basta seguir el curso de tus pensamientos, leer las imágenes de tu cerebro... Eres inteligente y agudo, puesto que te adaptas a cualquier lugar, época y momento. Otro hubiera enloquecido.
—Me pregunto ahora por qué estoy aquí, delante tuyo.
—¿Te sorprende acaso?
—No del todo. Estaba seguro de que nadie, hasta hoy, se burló de tu poder y te dijo que no te temía ni se dejaba someter la voluntad por el dolor o por el pánico.

—En eso sí estás loco, Kornak. Podría dominarte mediante hipnosis, control magnético de tus impulsos, neurocirugía que te dotase de un cerebro adaptado a mi voluntad... e incluso provocarte dolores tan increíbles que te harían enloquecer lentamente hasta morir.
—Imagino que sí, Elex. Puedes hacer todo eso. Pero no someter a Kornak el Sajón. Puedes hacer de mí un pelele, un muerto, un enfermo, un demente o un ser cambiado a tu antojo. Lo que no puedes hacer es obligarme a mí, tal como soy ahora, sin alteraciones ni mutaciones biológicas, a que te rinda vasallaje, te tema o sienta dolor.
—¿Crees que eso me preocupa? —se mofó el supercerebro.
—Creo que eso te irrita. El que puede lograrlo todo, incluso viajar por el Cosmos, robar a gentes de un planeta y trasladarla a otros por control remoto o manipulando naves a grandes distancias... no puede inculcar miedo, dolor o humildad sometida en un simple ser humano, débil y torpe ante su poderío tecnológico. Extraño y curioso, ¿no?
—Creo que das demasiada importancia a una chiquillada que no me molesta.
—Entonces, ¿por qué me hiciste venir a tu presencia? —sonrió Kornak.
—¡Está bien! —la mente suprema se enfurecía evidentemente. Sus golpes de «voz» mental casi dañaban el cerebro de Kornak el Sajón —. Tienes razón... en parte. Me gusta triunfar sobre cualquier clase de rebeldía. Es una cuestión de honor, supongamos. O de orgullo. Sé que soy capaz de aniquilar ahora mismo todo tu planeta, y sin embargo, no puedo doblegar tu soberbia de guerrero que no se somete al dolor ni al miedo, que soporta encantamientos de esta magia que es la tecnología, sin inmutarse siquiera. Sí, Kornak. Es cuestión de orgullo. Me has retado. Y ésa es una mala cosa para Elex. ¿En qué condiciones es tu reto?
—Me gustaría un torneo en el que nuestros medios y armas fuesen iguales, monstruo. Pero imagino que te negarás a eso.
—No hay nada ni nadie igual a Elex —replicó el gran cerebro con arrogancia—. No puede ser así. Tu mente de caballero medieval sueña en torneos imposibles. Estás en un planeta muy lejano del tuyo. En tiempos muy diferentes a los de tus caballeros andantes de Bretaña, sajón. Aquí, yo soy el Poder. Tú solamente una criatura insignificante que desea poner a prueba mis poderes. Te saliste con la tuya. Pero no con un torneo. Yo no soy un caballero. Tú, sí. Lucha a tu modo... y yo al mío. Pero antes de poco tiempo sentirás en tu carne y en tu mente el dolor, el miedo, la angustia... Y te inclinarás ante mí. Te postrarás, humilde, pidiendo mi clemencia.
—¡Jamás!
—Estás loco si crees que no va a suceder así, guerrero —la risa

satánica del supercerebro, rebotó dolorosamente en los centros mentales de Kornak—. ¡Completamente loco... y pronto vas a comprenderlo!
—Bien. ¿Cuándo comenzamos?
—Ahora mismo. Vas a ser libre por un breve tiempo.
Dueño de tu destino: Elige tus armas. Vete y espera. O busca el medio de dañarme. No lo encontrarás. Ahora bien; voy a jugar contigo casi caballerosamente. Mira bien a esa esfera numerada, Kornak.
El guerrero sajón contempló la compleja graduación de aquella esfera que un tentáculo metálico del supercerebro técnico-humano le mostraba. Sabía lo que era, porque vio otras más sencillas en Oceanland: Medidores de tiempo. Como sus relojes de arena allá en Camelot...
—La veo —afirmó.
—Bien. Tres vueltas dará la aguja antes de que se cumpla el plazo que te concedo. En tu mundo serían muchas arenas caídas durante horas. En nuestro concepto del tiempo, viene a ser un día y una noche de este planeta. Es todo el tiempo que posees.
—¿Para qué?
—Para luchar y ganarte tu libertad y tu vida. Te dije que será casi un torneo caballeresco. Me va a divertir el juego.
—Sé que a tu mente superior le gusta jugar con vidas, pueblos y mundos —masculló el Sajón—. Adelante. ¿Qué debo hacer en ese tiempo?
—Lucharás con tres obstáculos que yo imaginaré. Es magia cósmica la que va a enfrentarse a tus miserables poderes de guerrero medieval. No confíes en tu escudo ni en tu espada. Son como palomas inofensivas, ¿recuerdas tu sueño real de hace poco?
—Lo recuerdo, sí —apretó la empuñadura del arma—. Sin embargo, hay armas más fuertes y menos frágiles:
La fe, el valor, la voluntad...
—Vas a necesitar de todas ellas, y de algo más. Nunca caballero andante alguno se habrá enfrentado a magia parecida a la que yo domino a placer. Te venceré.
—Y..., ¿si no fuera así?
—Si no fuera así, podrías volver a mi presencia. Y pedirme tu libertad, tu vida y aquello que más desearas. Te sería concedido.
—No puedo creerlo —rechazó Kornak—. Es demasiada honradez, demasiada nobleza e hidalguía para un ser como tú, Elex.
—¿Dudas de mi promesa?
—Dudo, sí. No creo que la cumplieses jamás.
—Escucha, miserable criatura humana —se enfureció de nuevo el supercerebro—. Puedo concederte cuanto quieras, sin que ello signifique nada para mí. Soy el amo futuro del universo. Mundo, a

mundo, galaxia a galaxia, todo va perteneciendo a mi poder sin límites. El accidente, el terrible error biológico que me hizo nacer monstruo, simple cerebro, a causa de una radiación inoportuna de rayos cósmicos, me ha dado, sin embargo, todo el poder mental del mundo. Mira, incrédulo; Elex puede permitirse el lujo, si lo desea, de batirse en un duelo con cualquier ser viviente. Venceré siempre. No tendrás ocasión de reclamarme nada, porque serás vencido por mis poderes. Pero si lograses salir adelante de las tres pruebas, si llegaras realmente a ganarte tu derecho a vivir y ser libre... mira esto. Mi programador va a ser computado para que pidas lo que pidas, te sea concedido inmediatamente. Es una computadora fabulosamente perfecta...

Al tiempo que hablaba, un tentáculo metálico del monstruoso objeto, mitad humanoide, mitad máquina, manipulaba un complejo cuadro de controles y de mandos. Una computadora se ponía en funcionamiento, y algo quedaba grabado en ella.

Elex concluyó, rotundo:

—Ya está programada, Kornak. Cuando regreses a mi presencia, pide una sola cosa... y la computadora cumplirá tu deseo en el acto. Eso es todo. Ahora... buena suerte, guerrero. Vas a necesitarla en el torneo contra mi poder sin límites...

Y una larga, profunda, diabólica carcajada mental, retumbó bajo la bóveda craneal de Kornak el Sajón.

CAPÍTULO III

Era la primera prueba. La primera de las tres, sin duda alguna.

Como en los tiempos de la remota Tierra que dejara atrás en su viaje espacial. Como en su época de Camelot y de la caballería andante.

Un dragón.

Como parecía ser el destino mismo del caballero del Escudo del Dragón; un dragón en los Bosques Negros de Bretaña. Un dragón en las profundidades del mar. Un dragón ahora, en otros mundos remotos, en una galaxia ignota, en un mundo fabulosamente tecnológico...

Un dragón... electrónico.

Magia, no. Tecnología, ciencia, poderes ocultos aún al hombre de su tiempo y de su mundo. Kornak, sin embargo, no tembló. No tuvo miedo. No rehuyó la pelea. Se enfrentó al dragón electrónico, como lo hiciera al dragón de la magia negra del Caballero Púrpura, o a la serpiente de mar en las profundidades oceánicas...

En la llanura árida, infinita, del planeta fantástico en que se encontraba, rodeado por mares sin fin, en un mundo donde casi todo era océano, salpicado sólo de simples islas inhóspitas, Kornak se

enfrentaba a un mítico animal tecnológico.
Aquel dragón resultaba extraño y fantasmal. Flotaba en el aire, como alado. Era un colosal ingenio luminoso, centelleante, de metal flexible. En torno suyo, centelleos eléctricos marcaban su peligrosa naturaleza.
Kornak se inclinó. Empuñó un peñasco y lo arrojó contra la fiera luminosa. Hubo un chisporroteo violento, y la piedra, convertida en carbón puro, cayó desde el aire al suelo.
Kornak supo lo que le esperaba, apenas rozase al monstruo electrónico. Una descarga formidable le electrocutaría, quizá de modo mortal, o inutilizando sus fuerzas definitivamente.
Eso significaría la victoria final para Elex, el monstruo tecnológico.
Kornak vio avanzar por los aires a aquel monstruo metálico, centelleante. Su luz lívida envolvía el paisaje en un fulgor fantasmal, dantesco. Kornak esperó a pie firme, enarbolando su inútil espada llameante, su escudo con la efigie escarlata del viejo dragón medieval...
—No puedo vencer... —susurró—. No puedo vencer... ¡Pero tengo que vencer!
Y de modo inesperado, cargó contra el dragón alado y centelleante.
Este descendía, aterrador, con su rostro extraño, de acero, con sus centelleantes luces en los ojos, con fulgores eléctricos brotando de su boca, de su piel metálica y flexible...
Kornak, el guerrero medieval, alzó su pobre espada flamígera, que nada podía contra los poderes de la técnica. Y sostuvo ante sí el escudo del dragón...
Luego, llegó el embate que él sabía había de resultar mortal de necesidad.

* * *

Miríadas de chispas, llamaradas, el cuerpo sacudido por mil convulsiones dolorosas, por espasmos eléctricos de alta tensión, que su cuerpo inverosímilmente soportaba...
Luego, repentinamente, un fragor, un estallido...
Y fragmentos de metal, chispas dispersas en torno suyo. Al fin, silencio, quietud, calma absoluta...
Kornak miró en torno, deslumbrado. Descubrió los fragmentos del dragón electrónico dispersos en torno, como restos de una fortaleza desgajada por fuerzas devastadoras. Y él solamente enarbolaba aún su espada, su escudo y nada más.
—No lo entiendo... —jadeó—. La fuerza eléctrica de ese monstruo hubiera bastado para pulverizar, para convertir mi cuerpo en una simple masa carbonizada... ¿Por qué esto? ¿Por qué, Señor?
—Porque la fe, la voluntad y el valor, son tu mejor escudo, Kornak...
La voz no sonaba ahora en su mente, sino en el aire mismo. Cerca de

él. Se volvió, sorprendido, fascinado por aquel melodioso, suave sonido. Y la descubrió. —¡Sirenia!
El grito escapó desgarrador de sus labios. Ella le miro, risueña, esperanzada, con sus profundos ojos anhelantes fijos en él.
—Kornak, mi amigo y mi defensor... —susurró ella—. Luchas por mí, ¿verdad?
—Por ti, Sirenia. Ahora lo sé. Lo presentía... —afirmó Kornak, enfático, moviéndose hacia ella—. Lucho por ti. Todo caballero combate por salvar a la dama de sus sueños. Esa eres tú, Sirenia...
—Kornak, sabes que no soy como tú... Que nací en estos mares, en sus profundidades... —susurró ella dulcemente.
—Lo sé. No me importa cómo seas. Sé que te amo... y lucharé por ti hasta morir.
—Oh, Kornak, mi amor...
Le rodeó con sus suaves brazos azulados, sedosos.
Entreabrió su boca, la acercó a él... Iban a unirse sus labios en un profundo, largo y cálido beso...
Los ojos de Kornak, entornados, se clavaron en la mirada azul de Sirenia... y con un alarido de horror, retrocedió vivamente.
¡Había descubierto los poliedros siniestros, palpitando allá en el fondo, como ojos de insecto, multiformes y llenos de células visoras!
Sirenia rió a carcajadas, y de sus labios brotaron extrañas sierpes de luz y fuego... Sin vacilar, Kornak descargó en ella su flamígera espada.
La risa demoníaca de Sirenia se hizo gritó agudo, de agonía. Llameó la hoja de acero al hender su cabeza azulada, cubierta de escamas cristalinas.
Y Sirenia se pulverizó, convirtiéndose en humo acre, verde oscuro, que se elevó al cielo. Kornak retrocedió, convulso.
—Elex... ¡Era Elex mismo, materializado mentalmente en Sirenia! —jadeó el guerrero—. Un viejo juego de magia para engañarme... No duda en utilizar todos sus recursos malignos. De haber besado la boca de esa falsa Sirenia... sólo Dios sabe lo que hubiera sucedido. Y entre tanto, la verdadera Sirenia..., ¿dónde se encontrará?
—Ahí, Kornak. Ahí tienes a Sirenia, la auténtica. ¿Te crees capaz de rescatarla antes de que se convierta en un horror viviente?
Ahora la voz retumbaba en su cerebro, entre risotadas lejanas y siniestras. Kornak miró en torno.
Y descubrió la nave que venía sobre las aguas. Una negra y siniestra nave de ardientes velas rojas en sus palos. En su superficie, sobre un túmulo, el cuerpo azulado de Sirenia, inerte y como en reposo. Alrededor de ella, extrañas criaturas, monstruosos seres diminutos, encapuchados de negro, con rostros babeantes y rugosos, donde un mal incurable mordía, corroyendo la carne, como la vieja lepra o la

peste del medievo...
—¡Cielos...! —gimió—. ¿Qué nuevo horror ha imaginado tu mente perversa, Elex?
—Es la tercera y última prueba... Sirenia es el premio. Has demostrado tener cuando menos un lado débil. Por él puedo vencerte ahora. Mira a esa hermosa muchacha acuática. Si la tocan los seres leprosos que la rodean, contaminarán su carne, que se irá pudriendo lentamente, durante años y años, sin que ella llegue a morir. Pero su fealdad y deformación serán horribles... y esa nave, Kornak, es una nave infernal, donde mi poder evitará que luches contra las criaturas leprosas...
Estás obligado a subir a la nave, Kornak. Si fracasas..., ¡ambos recibiréis la mordedura del mal corrosivo! Y lentamente iréis muriendo, retorciéndoos en vuestras propias lacras...
Kornak no escuchaba ya. Corría a la orilla del verdoso mar agitado de aquel mundo remoto. Y su horror no conocía límites, ante la visión dantesca del barco infernal y su terrible carga de criaturas odiosas, tan cercanas ya a Sirenia.
Se lanzó a las aguas. Nadó poderosamente, con su escudo a la espalda y la espada entre los dientes, apelando a su actual condición de anfibio, que le permitió deslizarse bajo las aguas a velocidad vertiginosa, hasta alcanzar el casco del navío, al cual subió, escalando la borda furiosamente.
Los entes leprosos se volvieron hacia él, en siniestro ejército. Corrieron a su encuentro. Sólo con que uno le tocase, Kornak sabía que sería contaminado de la horrible dolencia. Y también Sirenia, a la que dejaban allí, tendida, con ojos dilatados de horror, inmovilizada por ondas magnéticas, pero capaz de presenciar la lucha desesperada de su caballero, el Sajón del Escudo del Dragón.
—¡Plaga de gusanos hediondos, terminaré con todos vosotros! —aulló Kornak. Y comenzó a repartir mano dobles a diestro y siniestro.
Cabezas y miembros saltaban, amputados por la llameante hoja afilada de su espada justiciera. Criaturas repulsivas y horribles caían al mar o rodaban por cubierta, sin reposo. Las docenas de seres carcomidos que cercaban a Kornak, extendiendo hacia él sus sarmentosos, esqueléticos brazos purulentos, saltaban, en círculo sangriento, cercenados por la furia devastadora de aquel hombre rubio y poderoso, mitad hombre y mitad titán.
Al final solamente tres leprosos de caperuza negra quedaron en pie. Y aullando con placer siniestro corrieron hacia Sirenia, para rozarla, para inocularle su mal...
Kornak miró al cielo remoto de aquella galaxia ignorada. Y sin vacilar, rogó a Dios fuerzas y acierto para el golpe decisivo.
Luego, lanzó su espada flamígera sobre los tres monstruos.

* * *

Fue un impacto milagroso. Puramente providencial. La potencia y tiro del lanzamiento hizo que la poderosa espada cercenase tres cabezas a la vez, en rápida sucesión, derribando a los tres entes leprosos, justo al lado de Sirenia.

En ese momento ella se incorporó, liberada de sus invisibles ligaduras magnéticas, y corrió a abrazar a Kornak.

Esta vez él sí rodeó con sus fuertes brazos a la hermosa criatura, miró sus ojos azules, profundos y dulces, y no encontró en ella ficción alguna. La besó con fuerza, con pasión.

Alrededor de Kornak y de ella, la nave se pulverizó en el aire, y sus cuerpos flotaron, como movidos por una fuerza invisible, antigravitatoria, que les hizo viajar velozmente, en aquel abrazo patético, hacia alguna parte remota, sobre los mares del mundo de Sirenia...

—Es el amor, Kornak...

—¿El amor? —susurró él, mirándola, mientras flotaban, veloces, movidos por aquella fuerza invencible.

—Sí. La nave era el odio y la muerte. Al besarnos estalló en mil fragmentos, porque estaba hecha solamente de impulsos electrónicos negativos; sólo afectados por un sentimiento profundo y limpio. Kornak, sé que me amas, o eso no hubiera sucedido. Como sé que te amo a ti, pese a que seamos diferentes...

—¿Qué puede importar eso? No somos tan diferentes, Sirenia. Además, aprendí a amarte al creerte perdida... ¿Qué nos sucede ahora? ¿Qué es lo que nos traslada por el espacio?

—Fuerza electromagnética, Kornak. La tecnología de Elex. Has vencido en las tres pruebas, y su computado torneo cumple su propio papel, para el que está programado todo previamente. Esta vez, Elex no jugó sucio.

—Quizá porque pensó que no fracasaría. Y se cree tan superior e invencible, que puede permitirse el lujo de este juego, en un torneo lealmente concebido...

—Ahora, Kornak, volamos hacia Elex. Su computadora suprema está programa para cumplir fielmente lo que le pidas; una sola cosa. ¿Qué piensas pedir, Kornak?

—No sé. Pensé en pedirle tu vida, tu libertad...

—¿Y mi pueblo, Kornak? ¿Seré yo feliz sabiendo a todos esclavos, sometidos a la fuerza de ese monstruo dominador?

—No, posiblemente no. Puedo pedir la libertad tuya y de todo tu pueblo...

—Hay otros muchos pueblos que sufren la esclavitud bajo ese tirano. Mundos, planetas, soles, sistemas solares incluso. No sabes cuál es

su poder, cuán grande es su tiranía devastadora. Puede llegar a ser, ciertamente, el amo y señor del universo todo.
—Entonces, Sirenia, no sé aún lo que pediré —el rostro de Kornak se mostró inexpresivo—. Quizá lo decida al verme ante ese monstruo...

CAPÍTULO IV

—Bien. Ya estás ante mí. ¿Qué pides, guerrero?
—No estoy seguro. Ahora decidiré —miró en torno, a la fabulosa mecánica que controlaba aquella especie de mezcla humana y metálica que era la cabeza viviente y superior de Elex—. Pero me gusta ver que te he vencido pese a todo, Elex...
—Reconozco mi derrota contigo —tembló la voz mental del monstruo, a causa de la ira—. Pero sé admitir al que es fuerte. Kornak, tú lo eres, mental, espiritual y físicamente. Te felicito. Venciste a la tecnología y a los seres creados por mí para destruiros. El amor hizo el resto. No me gusta el amor. Está prohibido en mi mundo, Kornak.
—Yo no soy de tu mundo.
—Pero Sirenia sí lo es. A menos que me pidas ahora su libertad y su vida. Entonces volvería contigo a tu planeta.
—Entiendo —Kornak se mordió el labio, tenso y sombrío—. ¿Vas a cumplir entonces tu palabra? ¿Cualquier cosa que pida a tu computadora maestra me será concedido?
—Cualquier cosa, sí. Está programada para ello en estos momentos. Decide, Kornak. Has ganado en noble liza ese torneo. Yo cumplo mi palabra. No tengo otro remedio ya. Nadie puede borrar una programación así. Sólo cuando la máquina cumpla tu deseo, será libre de ser programada nuevamente a mi entero placer.
—Bien... —los ojos de Kornak centellearon extrañamente—. Entonces.... ya sé lo que voy a pedir.
—Adelante —la mirada maligna del monstruo no se desviaba de él—. La computadora funciona constantemente. Está esperando tu mandato para hacerlo realidad. Pero recuerda guerrero, una sola cosa. No te equivoques.
—Por Dios que eso es lo que espero —suspiró Kornak. Miró a la computadora programada para cumplir su deseo, fuese cual fuese. Y manifestó éste súbitamente—: Quiero..., ¡quiero ver destruido inmediatamente y para siempre a Elex!

* * *

Un terrorífico alarido retumbó en el cerebro de Kornak cuando éste formuló brutal, súbitamente, sin haber dejado leer sus herméticos pensamientos por el poder mental de Elex, su única y firme petición.

Y Elex quedó destruido.
En el lugar donde se erguía el enorme cráneo sostenido por tentáculos de metal y redes inextricables de circuitos electrónicos, se elevó un chispazo colosal, se hizo añicos la forma monstruosa, entre un fragor infernal, y la computadora zumbó, tras cumplir el deseo único de Kornak, para el que fuera programa por un ser superior, pero demasiado soberbio para creer que estaba programando su propia destrucción.
Sirenia, con un grito de horror, se abrazó desesperadamente a Kornak, el guerrero sajón que, con la más simple de las armas, con la más elemental de las soluciones, había aniquilado el supremo poder maligno del universo.
Unas pocas palabras habían bastado. Una máquina suprema había cumplido su misión.
Elex no existía. En su lugar se elevaba una columna de humo, entre fragmentos carbonizados de algo metálico y de algo humano, viviente en una ocasión...
—Kornak, ¿cómo... cómo pudiste imaginar...? —musitó ella.
—Era un riesgo. Una partida a una sola carta, Sirenia. El fracaso significaba la burla y la revancha cruel de Elex. La victoria..., su fin. Y con él, la liberación de tu pueblo, el retorno a la vida normal, en todos los mundos que ese nefasto ser, mitad humanoide, mitad «cosa», llegó a alcanzar.
—Kornak... Has vencido...
—Sí. He vencido. Hubo fortuna. O quizá, como tú dices, la fe y la voluntad obraron el milagro por encima de todo otro escudo y toda otra arma.
Y atrajo contra sí a Sirenia, la hermosa muchacha de las profundidades, mientras en torno de ellos seguía el zumbido de las computadoras, ahora a merced de quien quisiera y supiera manejarlas para un objetivo más noble, limpio y honrado que aquel monstruo perverso llamado Elex...

EPÍLOGO
FIN DE LA SAGA

Kornak había tomado su decisión.
Sirenia lo sabía, cuando le vio incorporarse lentamente, avanzar hacia ella, majestuoso, fuerte, firme como una roca. Duro y vigoroso como un titán.
Tembló la joven anfibia, temerosa. Le miró, triste. —Supongo que resolviste tus dudas, Kornak ... —murmuró. .
—Sí. Las he resuelto —asintió él lentamente.
—Lo suponía... —tembló su boca de suaves labios carnosos—. ¿Y

bien...?
—Me quedo, Sirenia.
—¡Kornak! —se asombró ella—. ¡No es posible!
—Me quedo. Está decidido.
—Pero tu mundo, tu gente...
—He meditado bien esta decisión. Mi mundo queda ahora tan lejos de mí y de mi modo de pensar... Tan lejos de mi nueva forma de vida, de cuanto he visto y conocido... No, Sirenia. No podría volver a montar a caballo, con un escudo y una espada, recorriendo senderos en busca de deshacer entuertos, nombrado caballero por el rey Arturo. Es algo que me parece tan viejo, tan caduco y lejano ya...
—Kornak, ¿seguro que no cambiarás nunca de opinión?
—Jamás, Sirenia. Realmente, creo que Kornak el Sajón murió aquella noche al ser arrojado por el acantilado de Bretaña. El que revivió en el fondo de los mares era ya otro hombre con otros sueños. He cambiado la magia por la ciencia; la técnica por los encantamientos; la electrónica, el progreso y la sabiduría, por un escudo con un dragón rojo... Lo importante es luchar por el bien de otros. Aquí hago falta ahora. Vencido el tirano, todo vuelve a la normalidad. Evitaré que vuelva a repetirse algo así. Seré el soldado que necesita tu pueblo, que necesitas tú, para defenderos con las mejores armas, que son eternas: la fe, la voluntad, el valor y el cariño...
—Kornak, qué feliz me haces...
—Sí, Sirenia. Sé que te hago feliz porque yo también soy muy feliz ahora.

* * *

Y así sucedió durante mucho tiempo.
Porque la larga vida alcanzada por los anfibios de aquel mundo lejano y poderoso, no podía compararse al breve tránsito del hombre sobre la Tierra. Y Kornak disfrutó de una larga existencia al servicio de los demás.
Junto a una hermosa mujer que, después de todo, no era tan diferente como pudiera parecer. Porque era tierna, enamorada, noble y apasionada.

FIN